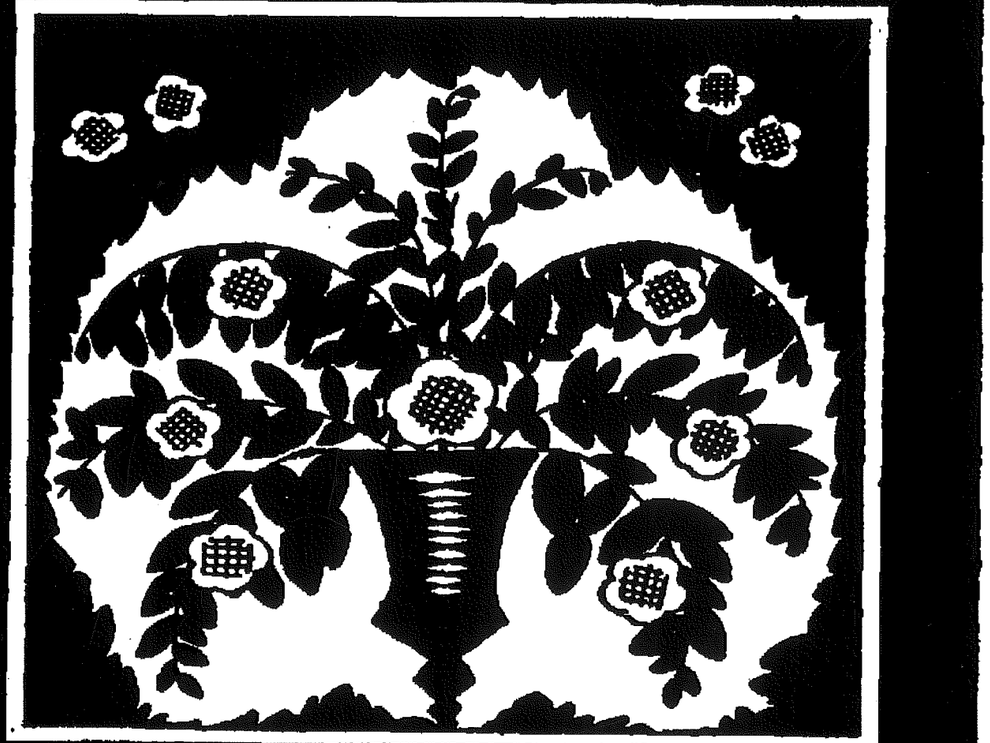
La nueva educación



# La educación sexual

## y la reforma de la moral sexual

por el

Dr. GONZALO R. LAFORA

Publicaciones de la Revista de Pedagogía

# La educación sexual

73.495

PUBLICACIONES DE LA
REVISTA DE PEDAGOGIA

LA NUEVA EDUCACIÓN

XXX

# La educación sexual
## y la reforma de la moral sexual

Por el

**Dr. GONZALO R. LAFORA**

Consejero de Sanidad. Presidente del Consejo superior Psiquiátrico. Director del Instituto médicopedagógico para retrasados, de Carabanchel Bajo (Madrid).

MADRID
Pi y Margall, 7
1 9 3 3

Publicaciones de la
Revista de Pedagogía
MADRID

# REVISTA DE PEDAGOGÍA

**PUBLICACIÓN MENSUAL, FUNDADA EN 1922**

**Director:**

LORENZO LUZURIAGA

**Redactores:**

BALLESTEROS (A.), CASTRO (AMÉRICO), COMAS (MARGARITA), DANTIN CEREGEDA (J.), LAFORA (G. R.), MARTI ALPERA (F.), MIRA (E.), MORENTE (M. G.), NAVARRO (M.ª L.ª), SAINZ (F.), SANTULLANO (L. A.), XANDRI (J.), XIRAU (J.), ZULUETA (L.)

**Colaboradores:**

J. ADAMS (Londres), A. ADLER (Viena), P. BOVET (Ginebra), CH. BÜHLER (Viena), E. CLAPAREDE (Ginebra), J. COHN (Friburgo), R. COUSINET (Sedán), L. CREDARO (Roma), † O. DECROLY (Bruselas), J. DEMOOR (Bruselas), J. DEWEY (Nueva York), Ad. FERRIERE (Ginebra), J. J. FINDLAY (Manchester), E. JAENSCH (Marburgo), † G. KERSCHENSTEINER (Munich), E. KRIECK (Francfort), W. H. KILPATRICK (Nueva York), † R. LEHMANN (Breslau), O. LIPMANN (Berlín), J. LOMBARDO-RADICE (Roma), A. MESSER (Giessen), G.ª MISTRAL (Chile), M.ª MONTESSORI (Roma), A. NIETO CABALLERO (Bogotá), P. OESTREICH (Berlín), H. PARKHURST (Nueva York), P. PETERSEN (Jena), O. PFISTER (Zurich), J. PIAGET (Ginebra), M. E. SADLER (Oxford), T. H. SIMON (París), A. SLUYS (Bruselas), E. SPRANGER (Berlín), W. STERN (Hamburgo), J. TEWS (Berlín), J. VASCONCELOS (México), F. VASCONCELLOS (Lisboa), G. VIDARI (Turín), C. WASHBURNE (Winnetka), F. WATSON (Gales), G. WYNEKEN (Turingia)


La REVISTA DE PEDAGOGÍA aspira a reflejar el movimiento pedagógico contemporáneo y, en la medida de sus fuerzas, a contribuir a su desarrollo. Dotada de la amplitud de espíritu que requiere el estudio científico, está alejada de toda parcialidad y exclusivismo, e inspirada en el sentido unitario de la obra educativa, dirige su atención a todos los problemas de la enseñanza.

La REVISTA DE PEDAGOGIA tiene al tanto a sus lectores de la vida pedagógica mundial, con sus secciones:

| | |
|---|---|
| *Artículos originales.* | *Consultorio pedagógico.* |
| *Notas del mes.* | *Educación Nueva.* |
| *Informaciones.* | *Noticias.* |
| *Libros.* | *Revistas.* |
| *Bibliografía reciente.* | *Servicio bibliográfico.* |

La REVISTA DE PEDAGOGÍA se publica mensualmente en cuadernos, que forman al año un volumen de cerca de 600 páginas.

Precios de suscrición: *España. un semestre, 7 pesetas; un año, 12; número suelto, 1,25.*

*Repúblicas hispanoamericanas: un año, 14 pesetas; número suelto, 1,50.*

*Los suscritores tienen derecho a un 25 por 100 de descuento en las publicaciones de la Revista.*


**OFICINAS:**

Av. Pi y Margall, 7 - **Madrid** - Teléfono 94.126

Tipografía Nacional. San Marcos, 4 - Tel. 93.211. Madrid


## PREFACIO

En 1930 la Liga Española de Higiene mental propuso, entre los problemas de discusión para el Congreso de 1932, el tema de la Educación sexual, por ser ésta una cuestión de gran importancia y que interesa a médicos, pedagogos, filósofos, juristas y psiquiatras. Habiendo sido nombrado ponente hube de escribir un resumen de las actividades modernas en este difícil problema, pero su concisión obligóme a soslayar cuestiones colaterales de sumo interés que ahora he agregado para completar este libro.

Sólo ha sido posible en tan reducido trabajo plantear el problema en toda su vasta amplitud actual, que llega hasta una nueva concepción de la moral en sus relaciones con la sexualidad, y dar unas normas sobre la manera de aclarar el problema sexual en las distintas edades. Los métodos detallados para la enseñanza de lo referente a la vida sexual están aún en una etapa formativa, pero ya existen algunos libros con un carácter didáctico que mencionamos en el texto. Desgraciadamente aún no se ha publicado ninguno en español, pero seguramente

pronto verá la luz alguno con este carácter metodológico.

Entre tanto, creemos útil divulgar las discusiones modernas sobre educación sexual y moral sexual, refiriendo las distintas opiniones no confesionales que están en pugna.

Madrid, enero de 1933.

GONZALO R. LAFORA

# I

# Aspectos pedagógico y médico del problema

La cuestión de la educación sexual es uno de los temas de polémica pedagógica y filosófica que hoy más apasionan. Según la ideología moral de cada uno y según su experiencia de la vida, concibe personalmente la solución del problema sexual a su manera, ya influído por sus convicciones tradicionales o ya dominado por resentimientos de sus vivencias, es decir, por la propia experiencia sexual agradable o desagradable. De aquí que el acuerdo entre las distintas opiniones en pugna sea difícil porque los contrincantes, al discutir este problema candente, se apasionan influídos por el lado emotivo de su subjetivismo, que no les permite un examen frío y objetivo o científico de la cuestión.

Para algunos como Low [1], el término «educación sexual» tiene dos significados distintos: uno, que se refiere a la información dada al

1 Bárbara Low: «Sexual education». (Sexual Reform Congress; Kegan Paul. Londres, 1929, página 368.)

nifio sobre los hechos físicos del sexo y su desarrollo, y otro, que se dirige a establecer normas de conducta sexual para el joven y la comunidad. Nosotros no creemos que haya estas diferencias entre los dos, pues ambos tienden a la misma finalidad, esto es, a producir un tipo o norma de conducta y conocimiento ético, relativo a la vida sexual, tanto en la infancia como en la edad puberal.

La educación sexual de la infancia no es más que un segmento o eslabón de una cadena de conocimientos ligados con problemas de conducta referentes a la vida sexual en las edades posteriores de la vida, la cual está sometida fundamentalmente a un sistema de ideas morales, a una filosofía y a una ética.

Así como la vida sexual del hombre para ser comprendida y estudiada no puede desligarse de su relación con la personalidad total, así también la pedagogía sexual no puede desunirse de la pedagogía general, con la cual tiene que avanzar entremezclada y compenetrada.

La historia del mundo nos muestra que las concepciones filosóficas y la ética en lo que se refiere al problema sexual han variado de unas civilizaciones a otras, sin que hayamos llegado a una meta de perfección, y esto será conveniente que lo recordemos sumariamente, sintetizando algunos de los cambios históricos de esta moral. La civilización actual mantiene desde antiguo unas normas éticas que hoy entran



en pugna demasiado violentamente con los progresos sociales y económicos y con las costumbres. Un violento movimiento de protesta contra la moral sexual de nuestros progenitores, acusada de hipócrita y antinaturalista, mueve hoy aires de fronda en todo el mundo civilizado. Los cuatro Congresos internacionales para la reforma sexual celebrados desde 1920 en Berlín, Copenhague, Londres y Viena, han sido los exponentes científicos y filosóficos de este moderno afán de sinceridad y honradez en la solución del problema sexual. Nuevos conceptos éticos enlazados en un sistema filosófico de moral sexual más perfecta pretenden sustituir y reemplazar a la moral sexual tradicional, y al exponerlos aquí temo que hayan de parecer irrealizables e inmorales a los partidarios del *estatu quo* en esta cuestión. Yo debo declarar previamente que me he considerado obligado a exponer francamente la actual situación del problema en el mundo de las ideas, es decir, situándolo en el último momento de su evolución. Y he de declarar también que al escribir este estudio he pensado que no sólo sería leído en una ciudad española, sino que podría serlo igualmente en El Cairo, en Pekín, en Filadelfia, en Estocolmo o en cualquiera otra ciudad del globo, en cualquiera otra latitud y clima, y bajo cualquiera otra civilización y religión. En una palabra, lo he escrito como ciudadano del mundo, que escribe para el mundo en toda su amplitud.

La moral sexual de cada civilización ha variado en el transcurso de los siglos, adaptándose a las costumbres y realidades vitales, o modificándolas lentamente por el influjo de conceptos éticos y religiosos. En varias sociedades salvajes y también en algunas civilizadas ha sido costumbre que las vírgenes fuesen oficialmente desfloradas por los sacerdotes antes de entregárselas al esposo. En cambio, en los países cristianos la desfloración se considera un derecho o privilegio del novio. En la época bíblica existía la costumbre hospitalaria de entregar la esposa al huésped durante los días de su visita y ello entraba dentro de la moral al uso. Para los habitantes de la isla de Trobriand, en la Melanesia, no existe, según Malinowski, el sentido de la paternidad del hombre. Los solteros viven en perfecto amor libre sin tener descendencia y la mujer cuando se casa y la tiene no atribuye nunca el hijo al padre, sino a los espíritus generadores, y el marido nunca puede sospechar de otro hombre que pueda ser el autor de su hijo. Este desconocimiento de la paternidad, propio de culturas primitivas, fué después sustituído en la historia por el culto fálico, como resultado del descubrimiento de la paternidad generadora del hombre. En Grecia y en Roma con sus *tesmophoria* y sus *saturnalia* se instituyen las fiestas de la sementera agrícola, en las cuales las mujeres y los hombres llevando emblemas fálicos (penes) se entregaban a expansiones



sexuales, como sucede en los actuales carnavales.

El matrimonio en forma de *matriarcado poligámico* ha existido, según Frobenius [1], durante centurias en las regiones principalmente esteparias de Asia, Europa oriental y en el interior de Africa. En esta costumbre, adaptada como siempre a una moral, la mujer dominaba la familia y escogía los diversos esposos después de una contienda pública entre los distintos pretendientes. Posteriormente, el régimen del *patriarcado poligámico* vino a sustituir a aquél, invadiendo la India, Europa occidental y meridional y el Norte africano, a lo largo del mar por tierras mediterráneas y costeras, principalmente con la égida musulmana. Finalmente, el cristianismo influyó para la abolición de la poligamia, extendiendo por el mundo civilizado la moral sexual del *matrimonio monogámico* de nuestros días, etapa teóricamente la más perfecta como solución del problema sexual.

Ahora bien, la organización económica y social de la vida en los pasados siglos permitían los casamientos a su debido tiempo, es decir, en el momento de la madurez sexual. El hombre se casaba a los dieciocho o veinte años, la mujer entre los diciséis y dieciocho, formando una familia como núcleo de la sociedad. La

1 L. Frobenius: «Marriage and matriarchy». (The book of marriage, de Keyserling, página 77. Cape, Londres, 1927.)

moral sexual era casi reforzada por la costumbre y la perfección de sus resultados, acordes entonces con el naturalismo de la vida. Pero en el último siglo las condiciones sociales y económicas modifican estas circunstancias. Los largos estudios profesionales del hombre intelectual y los prolongados aprendizajes de la época del maquinismo en el obrero manual, junto con la elevación del precio de los medios de vida, obligan hoy a retrasar las posibilidades del matrimonio legal hasta los treinta o treinta y cinco años en el hombre, y los veinticinco o treinta en la mujer. La vieja moral sexual exige ya un esfuerzo de contención a los solteros de ambos sexos que pugna al llegar la edad de la madurez sexual con el naturalismo de la vida, con la fisiología y la higiene. Al generalizarse este estado de cosas en las ciudades, se empezó pronto a entablar la lucha entre las costumbres y los principios éticos: la prostitución se difundió enormemente; a su vez los matrimonios ilegales, los adulterios, los hijos ilegítimos y los abortos criminales, en progresión creciente, significan hoy las resultantes de una nueva realidad social y de costumbres, frente a la moral sexual dogmática. Por otra parte, como consecuencia de la elevación de la cultura de la mujer, abandonada en las civilizaciones anteriores, surge pronto un sentimiento de protesta contra la desigualdad de derechos entre el hombre y la mujer y contra la llamada *doble moral sexual* hoy imperante,



la cual permite al hombre alabarse públicamente de sus aventuras sexuales prematrimoniales en las que lanza al arroyo a las infelices víctimas y mantiene la prostitución mientras que descalifica a la mujer que incurre en la debilidad de entregarse al hombre que amaba. Esa doble moral autoriza oficialmente la prostitución de la mujer, considerándola como objeto cotizable y útil al hombre y mira impasible los sufrimientos físicos y morales de las mujeres solteras, envejecidas en la espera del marido redentor; permite la injusticia del abandono del niño mal llamado «ilegítimo», olvidando su derecho inviolable a la protección paterna, ya que sin solicitarlo ha sido traído a la vida, donde la sociedad cruelmente le estigmatiza desde su nacimiento, haciéndole víctima de una falta que no cometió.

Veamos algunos datos numéricos relativos a esta cruel realidad social que estamos conviviendo indiferentemente. Las estadísticas austríacas y alemanas han demostrado que una quinta parte de los escolares padecen ya, entre los trece y quince años, enfermedades sexuales graves adquiridas en los prostíbulos, a donde acudieron sin utilizar medios preventivos por su ignorancia de los problemas sexuales. Algunos de estos muchachos contagian dichas enfermedades a niñas de su edad plenamente inocentes. Otras muchachas resultan embarazadas prematuramente por su ignorancia de la vida sexual y de sus consecuencias. En las

ciudades grandes, como Berlín, París y Londres, el número de prostitutas pasa de 100.000, y en Madrid y Barcelona, de 40.000, siendo a la vez un foco de propagación de las enfermedades sexuales, de las que resultan contagiadas la mayoría de ellas antes de los treinta y cinco años. En Alemania nacen anualmente 185.000 niños ilegítimos, es decir, casi la décima parte de los niños nacidos en aquel país. El número de abortos voluntarios se calcula en 800.000 al año, de los cuales unos seis a ocho mil pasan a conocimiento de las autoridades y determinan procesos criminales. Más de 80.000 mujeres mueren allí al año a consecuencia del aborto provocado. En la misma nación se divorciaron en 1923 más de 36.000 matrimonios desavenidos. Una gran parte de los 17.000 suicidios ocurridos en Alemania el mismo año tuvo por causa motivos sexuales derivados de las diversas sustituciones del amor sexual. En Norteamérica H. H. Barnes [1] considera que un 25 por 100 de las señoritas que estudian en las escuelas superiores y colegios universitarios tienen relaciones sexuales durante su estancia en ellos y un 50 por 100 de los estudiantes masculinos lo hacen durante su época universitaria. Por otra parte, la superabundancia de mujeres en el mundo, como consecuencia de los aniquilamientos de las guerras sobre los

1 H. H. Barnes: «Sex in education» (del libro de Calverton y Schmalhausen «Sex in civilization», G. Allen, Londres).



combatientes del sexo masculino, hace imposible el matrimonio legal de las mujeres sobrantes, aun en el caso ideal de que las otras se casaran. Westermarck [1] afirma que actualmente la superabundancia de mujeres en el mundo entero llega a un 4 por 100. Sólo en Alemania hay dos millones de mujeres más que hombres, las cuales legalmente no pueden aspirar al matrimonio. Pitt-Rivers [2], que ha hecho estudios demográficos sobre la variación en la proporción de los dos sexos (sex-ratio), cree haber demostrado la inevitabilidad de una superabundancia progresiva de la mujer adulta en las poblaciones densas y crecientes, problema actual y futuro que necesita ser tomado seriamente en consideración. En las naciones meridionales se produce anualmente una crecida cifra de crímenes llamados *pasionales,* en los que los celos juegan un papel causal; esta forma de delincuencia deriva principalmente de esa doble moral sancionada por la tradición que sólo permite al hombre el adulterio y lo considera en la mujer como motivo justificado de un delito pasional.

El donjuanismo como mal endémico, la sexualidad epidérmica y sin amor del prostíbulo, el flirteo de las semivírgenes, el llamado narcisismo himeneal, las perversiones sustitutivas, etcétera, etc., son otras consecuencias de la

1 Westermarck: «History of human marriage».

2 Pitt-Rivers: «Sex-phobia and marriage». (The sexual reform Congress. Londres, 1929.)

defectuosa organización de la vida en su aspecto sexual y de los conflictos entre la moral tradicional y las soluciones antimorales que la vida ha adoptado ante las nuevas realidades sociales.

Y para completar en parte esta lista de desdichas sociales citemos los miles de individuos afectos de neurosis sexuales, o de origen sexual subconsciente, víctimas de las prohibiciones y amenazas religiosas de la niñez o de una larga lucha entre su sexualidad imperiosa y sus conceptos éticos que imponen la abstinencia insostenible al llegar a la madurez sexual, a menos que los instintos estén apagados por deficiencias orgánicas de la sexualidad.

La educación sexual en la infancia tiende a descorrer paulatinamente el velo de lo desconocido cuando el niño empieza a interrogar sobre los misterios del origen de la vida, la reproducción y la sexualidad. Lo que los alemanes llaman la «sexuelle Aufklärung», que podríamos traducir difícilmente como la «revelación de lo sexual» o como «ilustración aclaratoria de lo sexual», no puede limitarse exclusivamente a la edad preescolar y escolar, en la que sólo pretende prevenir al niño de las consecuencias funestas de una instrucción sexual imperfecta, resultante de la mezcla de fantasías imaginativas y de informes absurdos de condiscípulos y gente ineducada. Precisa, por el contrario, continuar cíclicamente en las edades de la adolescencia y pubertad y, como es



natural, debe estar orientada hacia una moral normativa de la conducta del adulto que no resulte en contradicción con las enseñanzas aclaratorias dadas en la infancia y pubertad.

De aquí lo complicado de esta cuestión y el alcance quizá demasiado pretencioso de intentar renovar en todo el mundo civilizado las ideas y las costumbres en lo relativo al problema sexual, máxime si tenemos en cuenta que, como ha dicho Bertrand Russell («Nueva y vieja moral sexual»), la solución de la moral sexual más conveniente para la felicidad y bienestar generales quizá deba variar de unos países a otros, teniendo en cuenta el clima, la alimentación, el desarrollo industrial o agrícola, y los adelantos de la higiene y la ciencia médica de cada uno.

Pero la realidad mundial nos enseña que las costumbres aceptadas en algunos países modernos del Norte de Europa han sancionado legalmente fórmulas éticas sexuales que están más en acuerdo con la realidad vital y con las condiciones económicas de la época moderna, y que en otros países, como en Rusia, las instituciones sexuales han sido sometidas a una experimentación social progresivamente perfeccionadora, en la que se parte de fundamentos racionales, desterrando los preconceptos tradicionales de la superstición o los obstáculos de los principios religiosos dogmáticos que eran fundamento de la moral tradicional. Y sin que aceptemos todas las osadías de la experi-

mentación rusa como cosas perfectas, debemos seguir con atención su desenvolvimiento y resultados, comparándolos constantemente con las otras fórmulas éticas y legislativas de carácter progresivo que han sido adaptadas o propuestas por otros países civilizados, con el fin de unirnos así al esfuerzo mundial hacia la reforma de la ética sexual de nuestra decadente sociedad actual.

La educación sexual moderna no debe apartarse de la eugenesia y de la higiene, con las cuales precisa marchar de acuerdo, y por eso la pedagogía sexual que actualmente se está creando, con el fin de aminorar o suprimir los males enumerados, debe ser la resultante del esfuerzo de colaboración de pedagogos, médicos y moralistas de espíritu amplio.

## II

## La educación sexual en la segunda infancia

En la segunda infancia, entre los dos y siete años, presenta el niño una combinación de cualidades masculinas y femeninas heredadas de ambos padres. En esta época de indeterminación sexual, en que los juegos y actos del niño todavía no han adquirido características precisas de uno de los dos sexos, se esfuerzan los



padres en acentuar estas diferencias vistiendo a los niños con trajes de adultos, error educativo que fija la atención del niño sobre esta diferenciación de los sexos e inicia a veces su período interrogatorio. Desde la segunda infancia conviene educar a los niños en el concepto de la igualdad de los dos sexos y no diferenciar aún mucho su vestido, sino hacer que lleven ropas sueltas y ligeras que no compriman los genitales ni el cuerpo, ni se parezcan a las de los adultos. Los romanos, por ejemplo, no celebraban la fiesta de vestir al muchacho con la «toga virilis» hasta los quince o dieciséis años. Los bolsillos no deben ponerse en la parte lateral o anterior de los pantalones, pues facilitan la tendencia a la masturbación, sino en la parte posterior. Debe procurarse no provocar el sentimiento de vergüenza ante la desnudez en los niños y acostumbrarlos desde pequeños al baño en común para conservar el sentimiento de lo natural en las diferencias de los sexos. Los niños vergonzosos que no quieren desnudarse en la segunda infancia son por lo general precoces sexuales en los que una frase indiscreta de los padres o criados ha despertado el sentimiento de obscenidad. Afirma Dora Russell [1] que muchas veces esto sucede como consecuencia de gestos de repugnancia de los adultos con relación

1 Discurso sobre «Educación sexual» en el Congreso Internacional para la reforma sexual en Copenhague, 1927. (Thieme Leipzig.)

a los excrementos y a la zona génitoanal. Por esta razón aconseja Bertrand Rusell [1] a los padres y maestros no ser muy fastidiosos respecto a los «procesos excretorios» y explicar a los niños que las precauciones que se toman respecto a las excreciones son de orden sanitario, pero no porque dichas funciones excretorias sean repugnantes. Hay que crear, pues, en los niños desde la primera infancia, el sentimiento de «lo natural», en vez del de vergüenza, asco o pudor sobre su cuerpo. Este sentimiento de *lo natural* como primera fase de la «ilustración sexual» tiene sus límites, pues la excesiva verdad puede perjudicar al niño.

En la edad que se inician las preguntas de los niños sobre el problema de la sexualidad ya hemos dicho que debe respondérseles siempre naturalmente, pero en forma adecuada a su inteligencia infantil. Sólo más adelante se podrá llegar en las revelaciones a mayor verdad y franqueza en lo que respecta al aspecto sensorial y placentero del sexo. Es preferible que el niño oiga simplemente de labios autorizados que los niños se forman en el seno de la madre (elevando así el concepto de la maternidad), a que otros niños le exciten su imaginación infantil contándole, por ejemplo, que salen por la boca o el ombligo. Hacia los cinco a

1 B. Russell: «The taboo on sex knowledge». (The Sex Reform Congress. Londres, 1929.)



seis años la mayoría de los niños que no han estado aislados, dudan ya de las explicaciones vulgares de las amas y criadas sobre su origen, y si se les dice que se encargan a París responden críticamente que los pobres tienen más niños que los ricos, o si se les habla de las cigüeñas contestan que éstas se marchan en invierno. Hirschfeld refiere el caso de un niño, al cual el padre le prometió que si se portaba bien le traería Noel regalos muy bonitos en Navidad, y el muchacho respondió: «¡Ay, papaíto, ya no me cuentes esas cosas: Noel eres tú, la liebre de pascua eres tú, y hace tiempo me figuro que también eres tú la cigüeña!»

Cuanto más pronto se marcan en el niño los signos físicos y psicológicos (juegos, dibujos, lecturas) de su sexo antes es preciso aclararle todas sus preguntas en forma sencilla y comprensible. Esta primera etapa interrogatoria del niño, que se limita por lo general al origen de los niños, ocurre hacia los cuatro años o antes [1]. Dos años después sigue la relativa a las diferencias de los sexos que el propio niño se responde a sí mismo cuando tiene ocasión de ver a otros en el baño o en otros actos de la vida. Posteriormente se suceden las preguntas relativas a cómo se forman los niños en el vientre de la madre y cuál es el papel del padre.

Hay niños de carácter poco franco y recon-

1 E. Wexberg: «Einführung in die Psychologie des Geschlechtslebens», 1930. Hirzel, Leipzig, página 115.

centrado, que aunque no preguntan directamente delatan en sus actos y en sus reservas la curiosidad profunda que sienten por el misterio de lo sexual y es deber de los padres y educadores observarles y producirles un sentimiento de confianza para que rompan esta actitud reservada. En los niños que conservan durante cierto tiempo las características intersexuales, física y psicológicamente, con aficiones a jugar con los del otro sexo, no debe provocárseles el sentimiento de vergüenza con burlas y regaños, sino aconsejarles amistosamente e iniciarles en juegos propios de su sexo para que se aficionen a ellos. Lo mismo puede decirse respecto a la masturbación infantil. En vez de amenazas y castigos brutales se aconseja la conversación amistosa, explicando los perjuicios para la salud que dicho hábito produce, y el empleo de medios que desvíen la atención erótica como los deportes. Estos medios indirectos son más eficaces que las prohibiciones y castigos, los cuales aumentan el deseo e inclinan al niño, como veremos luego, hacia el masoquismo o placer de ser maltratado.

En la educación sexual no puede liberarse el adulto de transmitir al niño el concepto del pecado que tiene infiltrado en su espíritu en relación con el instinto sexual, ocultando siempre el placer que deriva de dicho impulso. Esto se comprueba hasta en los libros de los reformadores del problema sexual, en los cuales la



cuestión sexual es tratada desde distintos puntos de vista fisiológicos, pero rara vez desde su aspecto emotivo psicológico de engendrador de placer. Esta actitud falsa del adulto con respecto al sexo impresiona precozmente al niño, que se da cuenta del engaño de esa negación del aspecto placentero y adopta entonces una actitud hostil y defensiva contra el adulto y la sociedad, según comprueban los estudios psicoanalíticos. Esta actitud hostil o negativa del niño con respecto a la sociedad representa una reacción contra esa falsificación del concepto del sexo, presentado sólo como una carga u obligación, a veces sagrada, y no asimismo como una fuente de placer y satisfacciones. Es, pues, conveniente, según Bárbara Low, explicar al niño y adolescente la influencia beneficiosa del placer sexual sobre la higiene corporal y psíquica, siempre y cuando se conduzca dentro de normas prudenciales e higiénicas, y que se destaque en la educación sexual psicológica del adolescente el goce del acto sexual y la distinción entre amor y placer.

Es inútil querer responder al niño pequeño que pregunta sobre hechos materiales de la vida sexual que ha observado con respuestas románticas e idealizadas excesivamente, pues él sólo está interesado con la mecánica del hecho en sí y no comprende la información sentimental amplificadora que le da el adulto. Vale más aclarar el hecho simplemente que

rodearlo de nebulosidades. Ethel Mannin [1] refiere que su niña después de presenciar en un jardín zoológico la cópula de un caballito y una burra y haberle aclarado su madre las preguntas, pidió desde entonces que se le cerrase la puerta de comunicación entre su cuarto y el de sus padres que antes siempre deseaba tener abierta, lo que indudablemente significaba el haber cesado ya su curiosidad por sorprender el acto sexual de los padres y conocer en qué consistía el mismo. Bastó una observación realista de la naturaleza y una explicación simple de este hecho para que se apaciguase la violenta curiosidad infantil.

Los acontecimientos de orden sexual en la edad infantil tienen una trascendencia enorme en la vida ulterior del sujeto, en sus reacciones caracterológicas y en el desarrollo de neurosis, según han demostrado Freud y demás psicopatólogos modernos. Pero no debemos olvidar que los factores hereditarios juegan un papel tan importante ó más que estas experiencias ulteriores, de valor principalmente patoplástico, en la génesis de los cuadros clínicos psiconeurósicos. Para evitar los «schoks» emotivos de orden sexual en la segunda infancia debe prohibirse que los niños duerman en la misma alcoba que sus padres y aún menos en la misma cama, evitándose en caso forzoso

1 Ethel Mannin: «Sex and the child». (The sexual reform Congress. London, 1929.)



los actos sexuales paternos que puedan despertar al niño y toda escena íntima en su presencia.

También debe prohibirse todo castigo corporal (azotes) en la escuela, pues en algunos niños despiertan sensaciones de orgasmo sexual o masoquistas (como confiesa Rousseau), y en otros provoca una reacción perjudicial de odio y terquedad, contraproducente a lo que se pretendía. Los malos tratos empeoran a los niños de carácter anormal; algunos criminales han referido cómo se hicieron peores a consecuencia de los castigos corporales violentos. Son muchos más los hombres que se han hecho peores con los malos tratos que los que se han mejorado. Hay algunos maestros que abusan de los castigos corporales con sus discípulos, porque esto les proporciona un placer. Estos individuos, pertenecientes al grupo psicopatológico de los *flagelantes*, son más numerosos de lo que se cree. La bibliografía moderna sobre el llamado *flagelantismo pedagógico* es ya considerable y muy ilustrativa. Recientemente se han publicado en Austria unos importantes estudios psicoanalíticos sobre esta cuestión, ilustrados con numerosas láminas de flagelaciones tomadas de publicaciones diversas.

# III

## Los padres y los maestros en la educación sexual

Una cuestión que se ha debatido mucho es la de si corresponde la educación sexual a los padres o a los maestros. Dada la diversidad de grados o niveles educativos de los padres y el distinto interés individual y capacidad educativa que poseen, es conveniente que la educación fundamental del niño con respecto a la sexualidad sea dada por el maestro que dirige la educación total. Pero es preciso que el maestro esté preparado para esta función y además sepa convertirse en el camarada del alumno, dejando de ser su enemigo. La *ilustración sexual* no se puede hacer, como ya dijimos, de un modo ceremonioso, pedante y sistematizado, pues será más perjudicial que beneficiosa. Por eso es preciso que los maestros actuales adquieran la técnica de enseñar y de dar las explicaciones sobre la vida sexual en una forma nueva, preparándose en cursos especiales sobre esta materia, como los dados desde 1928 en Berlín por el Instituto de Sexología.

El maestro debe conocer bien las *etapas del desarrollo sexual* del niño que nos ha revelado



el psicoanálisis para comprender sus preguntas y sus actos y para guiarle individualmente si lo precisa, resolviéndole así sus conflictos. Debe saber que la vida sexual del niño se inicia desde los primeros años en forma distinta de la del adulto, apareciendo entonces como tendencias instintivas imprecisas ciertas apetencias aparentemente «perversas», tales como las incestuosas, las anales, las homosexuales. Resumidamente diremos que estos períodos son: primero, el período pregenital en el cual la vida sexual se manifiesta en el canal nutritivo y anal; segundo, el período anal, en el que domina el erotismo anal; tercero, el período de Edipo que se extiende desde el principio del cuarto año hasta el séptimo o más y está dominado por la curiosidad sexual y el miedo de la castración, y finalmente el «período de latencia» que dura hasta los diez años y tras el cual se inician las fases primarias de la adolescencia o período del «conflicto parental» o de la protesta contra los padres, maestros o personas que dominan al niño.

Para llevar hoy a cabo una verdadera educación sexual del niño es, pues, necesaria la «ilustración sexual» del adulto, es decir, de los maestros, padres y demás personas que entran en contacto con el niño. La madre debe conocer por lo menos lo correspondiente a la aclaración o ilustración sexual del niño en la edad preescolar, esto es, la fase biológica inicial, pues ya, mucho antes de los seis años, se mar-

can en los niños las primeras manifestaciones de su carácter y actitud respecto a lo sexual (agresividad, timidez, vergüenza, hipocresía, franqueza, etc.), y si en este tiempo no se procede con tacto se dificultará después la labor educativa del maestro. Con este objeto en algunos países como Alemania se han organizado también cursos para las madres, los cuales han resultado de gran utilidad. Algunos pedagogos, como Zdněk-Zahor, de Praga, que recordaremos después, temiendo las indiscreciones de padres y maestros, han confiado esta enseñanza a un manual perfectamente graduado en distintos tomos, apropiados cada uno para las distintas edades, consiguiendo de este modo una aclaración sexual progresiva y uniforme en todos los niños de una misma edad y reservando para cada niño una ampliación individual por el maestro.

La «aclaración sexual» tiene dos etapas distintas: una, *biológica,* que debe iniciarse en el niño antes de la pubertad y continuarse en ésta, y otra, social y *filosófica,* que corresponde al período posterior a la pubertad, entre los catorce y los veintiún años. De ellas hablaremos posteriormente.



# IV

# La aclaración sexual en la adolescencia

La revelación, aclaración o ilustración sexual («sexuelle Aufklärung») de la adolescencia presenta grandes dificultades prácticas, pero es imprescindible en toda educación moderna. Debe, ante todo, ser igual para los muchachos de ambos sexos. La equivocada ignorancia de las muchachas hasta el matrimonio, mantenida como dogma en las clases acomodadas, da lugar a muchos conflictos y neurosis que se inician a raíz del matrimonio y otras veces a conductas inesperadas en la vida privada matrimonial. La psicopatología de los conflictos matrimoniales está formada en gran parte por los efectos de esta impreparación de la mujer acomodada para el estado matrimonial.

Los enemigos de la ilustración sexual del niño defienden la conveniencia de no hablar sobre estas cuestiones para conservar su *inocencia* y no excitar su curiosidad. Pero olvidan que en la misma escuela y en los museos y revistas ilustradas el niño oye y ve continuamente conversaciones y láminas referentes a cuestiones sexuales que no comprende y le in-

trigan; que en la vida real ve sus hermanos desnudos; que en sus estudios de historia sagrada, historia universal y mitología oye hablar de nacimientos, hijos, vírgenes, espíritu santo, padres putativos, pecado original de Adán y Eva, concepción purísima, perversiones sexuales como las de Sodoma y Gomorra o como los incestos mitológicos, todos hechos y conocimientos que le preocupan, tanto más cuanto siempre se rehusa responderle a sus preguntas inquisitivas. Y no olvidemos su sorpresa al contemplar las escenas sexuales entre los animales domésticos y el nacimiento de los hijos de éstos.

La enseñanza moderna no puede vivir de espaldas a esta realidad diaria, contribuyendo al desarrollo de una hipocresía perjudicial y a las malas consecuencias de explicaciones erróneas y absurdas dadas al niño por otros de su edad o por gentes incultas. La ignorancia absoluta en este problema es hoy imposible en el niño de las ciudades y muy difícil en el del campo, que presencia de cerca la vida sexual de los animales. Por eso, aunque se teman los perjuicios que puede causar la educación sexual, debe pensarse que éste es un mal menor comparado con los estragos que causa la supuesta ignorancia hipócrita. Vale más una ilustración sexual bien dirigida por persona ilustrada que no la instrucción libre adquirida en la calle («wilde Aufklärung» o aclaración libre de los alemanes).



En la mayoría de las escuelas hay uno o varios muchachos lascivos y relajados que presumen de listos y conocedores de la cuestión sexual y que encuentran un deleite en interrogar e instruir grosera e indecentemente a los menores y a los recién ingresados. En los internados estas conversaciones, llenas de historias indecentes, ocupan los ratos libres de los niños. Cuenta Gallichan que en su juventud, cuando entraba un muchacho en la escuela inglesa, donde estudió, se le preguntaba en seguida si estaba *despabilado,* es decir, se le interrogaba, ante todo, sobre sus conocimientos sexuales, para ilustrarle cumplidamente en caso de ignorancia. Y uno de los directores del aristocrático colegio inglés de Eton ha referido que la conversación de los muchachos es, generalmente, tonta u obscena y tanto más, cuanto más convencionalmente, es decir, más a la vieja manera han sido educados. El hecho que se haga un misterio sobre el sexo aumenta enormemente la curiosidad general del joven adolescente por la cuestión. La noción de obscenidad surge en el niño como consecuencia de la creencia de que ciertos tópicos no deben ser mencionados. La obscenidad infantil es consecuencia de la mojigatería de los adultos (B. Russell). Esto es lo que debe evitar la educación sexual de los padres y maestros.

Es incomprensible sobre este particular cómo algunas de las mujeres inglesas de ideología más avanzada y que iniciaron el movimiento

sufragista de la igualdad de derechos de la mujer hayan sido enemigas de la educación sexual de la niña. Mary Wolestonecroft pensaba que la enseñanza de la reproducción de las plantas pondría en peligro el pudor y la inocencia de las muchachas y otro tanto le sucedía a Mrs. Lynton. La mayor parte de los padres que se oponen a la ilustración sexual de sus hijos lo hacen por reacción errónea frente a su experiencia de haber sido corrompidos durante su juventud y no piensan que precisamente su ignorancia de la vida sexual fué la que facilitó esa corrupción. Los niños educados con un sano conocimiento de las materias sexuales no presentan el gusto por las conversaciones eróticas u obscenas que se observa frecuentemente en los niños reprimidos y educados hipócritamente. Esto se ha comprobado en las escuelas de Checoslovaquia al introducir la educación sexual. Una estadística minuciosa sobre la edad en que tiene lugar frecuentemente la aclaración sexual «libre» de los jóvenes ha sido llevada a cabo durante veinticinco años por el Instituto de Sexología de Berlín, demostrando que entre los siete y nueve años se verifica en un 15 por 100 de los niños, entre los diez y doce en un 60 por 100, entre los trece y quince en un 20 por 100 y el 5 por 100 restante antes o después de estas edades. En las niñas, la proporción es muy aproximada, con la diferencia que suele retrasarse un año y que hay un 6 por 100 que nunca fueron



ilustradas. En el 70 por 100 de todos los niños la ilustración sexual fué dada por condiscípulos, criados o amigos, o bien por gente conocida en la calle, y en un 18 por 100 mediante la satisfacción de la curiosidad en diccionarios [1] o en libros de medicina. Sólo en un uno por 100 la ilustración fué dirigida por los padres, maestros o párrocos.

Estas circunstancias desfavorables son causa de que las creencias y mitos sexuales de los niños de Europa y América sean semejantes a las de los pueblos salvajes y a los que en la Edad Media llevaban a muchas mujeres a la hoguera acusadas por la Inquisición de «brujería».

¿Cuándo deberá iniciarse la ilustración sexual *biológica* del niño? Esta aclaración inicial debe ser *casual,* respondiendo ocasionalmente desde los primeros años, cuando los niños en el período interrogativo hacen preguntas sobre su origen y nacimiento. Entonces deben responder los padres de manera adecuada a la inteligencia infantil, sin contarles esas ridículas fábulas de la cigüeña, de la fábrica de París o del pozo. Hay que decirles la pura verdad de una manera comprensible, explicándoles biológicamente el origen de la vida con ejemplos tomados de la naturaleza en la vida vegetal, animal y en el hombre. Los padres deben procu-

1 Léase sobre este particular el interesantísimo libro «Journal psychoanalytique d'une petite fille». (Les documents bleus, número 46. N. R. F., Gallimard, París.)

rar que el niño no sienta vergüenza de preguntarles sobre estas cosas, hablándoles llanamente y sin reticencias para conseguir su entera confianza. Nada hay vergonzoso en la naturaleza mirada en su grandeza creadora. Pero la verdadera ilustración sexual biológica de los niños empieza plenamente poco antes del principio de la pubertad, entre los nueve y diez años, y corresponde principalmente al maestro.

A la niña hay que prevenirla antes de que la realidad pueda sorprenderla sobre la existencia y finalidad de sus períodos menstruales y al niño sobre lo fundamental de la vida sexual: su función, sus peligros y su higiene. Hay que encauzarles para defenderles de las prematuras enfermedades sexuales adquiridas entre los trece y quince años por desconocimiento de los peligros de la falta de higiene; y prevenirles a ellas de los embarazos que sorprenden a inocentes muchachas desconocedoras de las consecuencias de ciertos juegos sexuales entre adolescentes, como Wedekind lo ha plasmado artísticamente en su drama «Despertar de primavera». El deporte sano y la ilustración sexual bien dirigida evitarán esas prematuras experiencias sexuales acondicionadas por la curiosidad, la inexperiencia y el influjo de los condiscípulos. Las estadísticas alemanas y austríacas de Meirosky y de Hecht coinciden en la conclusión de que muchos de los alumnos en los dos últimos cursos del Gimnasio o Instituto han iniciado ya su vida sexual con prostitutas, con criadas de las pensiones o con muchachas amigas de su familia. Algunos sufren ya de enfermedades sexuales que ocultan, sin tratarlas prematuramente con métodos modernos; otros han sido envueltos en conflictos legales por haber causado embarazos en muchachitas sin experiencia de la vida. El que lea con atención ese verídico e interesantísimo «Diario de una muchacha» («Journal psychoanalytique d'une petite fille», traducción francesa de la N. Revue franc., 1928), publicado en Austria por la influencia de Freud, podrá darse cuenta de los estragos que la ocultación de la vida sexual produce entre los muchachos del Instituto y la curiosidad que despierta entre las muchachas de su edad al enterarse de las enfermedades sexuales de sus hermanos y de los amigos de éstos.



La primera parte de la educación sexual biológica en las fases interrogatorias iniciales del niño es sumamente delicada y presupone una cierta preparación de los padres y discreción no frecuente. Existen ya muchos libros que tratan de la educación sexual y que pueden aconsejarse a los padres y maestros, y hay otros más sencillos y sistematizados didácticamente escritos para enseñar directamente a los niños o adolescentes los misterios de la reproducción y de la sexualidad. Citaremos aquí entre los primeros, o dedicados a los adultos: «La cuestión sexual», de Forel; «Tratado de

educación sexual», de Gallichan (traducción castellana de Aguilar, Madrid); «Sexual Education», del profesor Bigelow (Macmillan, 1913); «Geschlecht und Liebe», de Hodann (Universitas, Berlín, 1929); «Sexualerziehung», de Hirschfeld y Bohm (Universitas-Berlín, 1930); «How to enlighten our Children», de Sharlieb (Williams, Londres); «Probleme und Praxis der geschlechtichen Aufklärung», de Marcinowski (Antropos, Prien, 1924); «Parents und sex education», de Gruenberg (Amer. soc. hyg. Asoc., 1923); «The sex education of children», de Dennet (Routledge, Londres, 1932); «La higiene sexual en las escuelas», de J. Bugallo (Morata, Madrid, 1930), y «La educación sexual y la diferenciación sexual», de Marañón (Generación consciente, Valencia). En el idioma checo se publicó en 1925 un libro en varios tomos del profesor de instituto, Zdněk-Zahor, en parte para maestros y en parte para los alumnos, que ha sido adoptado por muchas escuelas de aquella nación y que se titula «¿Cómo se origina la vida?» («Wie das Leben ensteht», Edit. B. Koci, Praga I, 325); el libro consta de siete tomitos: el primero es el único que está escrito para los maestros, y los restantes van enseñando en forma progresiva y cíclica las diversas cuestiones sexuales apropiadamente a las sucesivas edades, desde la infancia hasta los dieciocho años. Este libro debiera ser traducido al idioma español, pues mediante él se hace toda la aclaración del problema sexual de una manera uniforme sin la intervención de padres y maestros, evitando así las faltas de tacto que puedan perjudicar al niño. Luego pueden ampliarse estos conocimientos en cada caso individual por conversaciones separadas. La experiencia de los maestros checos que han adoptado este libro es excelente, pues al poco tiempo de iniciar la educación sexual en una escuela decrecen las conversaciones a hurtadillas de los escolares, desaparecen los dibujos obscenos de las paredes y la sexualidad ya no constituye un motivo de bromas y burlas, sino un problema serio que ocupa la imaginación infantil liberándola de fantasías absurdas.



Entre los libros del tipo segundo, dedicados sólo a los niños, debemos mencionar la «Pedagogía sexual», de Zapatero (Isart, Barcelona 1922); «How a baby is born», de Schweinitz y Kimmins» (Routledge, Londres); «Woher die Kindlein kommenn» y «Wie Hannchen Mutter ward», de Hoppeler (Zurich), traducidos al francés (Edit. Delachaux, París) [1]; «Bringt uns wirklich der Klapperstorch?», de Hodann (Berlín, Universitat-Verlag), y «Bub und Mädel», del mismo autor. Hirschfeld recomienda mucho la serie de respuestas a preguntas infantiles que con el título de «En la fuente de la vida» («Am Lebensquell») ha publicado en 1926 la editorial A. Köhler en Alemania.

1 Traducidas con los títulos «D'ou viennent les petits enfants» y «Comment Anne devint mère».

Tanto los padres como los maestros deben coincidir en no dar explicaciones falsas, sino verídicas, aunque es cuestión de tacto la extensión y profundidad de las respuestas a cada niño según su edad y conocimientos. No basta que se responda a las preguntas de los niños sobre cuestiones sexuales del hombre con explicaciones referentes exclusivamente a los animales, sino que es necesario hablarles también con toda la claridad posible sobre los procesos reproductivos del hombre, ayudándose de comparaciones mediante aquellas nociones generales de la historia natural. Estas explicaciones deben darse también espontáneamente en los paseos y excursiones, con motivo de las observaciones sobre la naturaleza, y en la escuela al tratar de los estudios de las ciencias naturales.

Es preciso presentar ante el niño la comparación de los procesos reproductivos de los vegetales y animales con los del hombre, para que comprenda la elevada finalidad de los de este último.

Casi todos los tratados sobre educación sexual aconsejan un plan semejante de ilustración sexual en esta edad prepuberal. Debe explicárseles a los niños en estos paseos lo que es una célula con su núcleo, sus procesos de división y reproducción. Luego, partiendo del huevo como organismo celular germinal, se presentará el proceso de la unión de las células hembras y machos en las plantas (polen y ovario) facilitadas por el viento o por los insectos,



ayudándose de flores y semillas para hacer comprender la germinación de los frutos. Progresando en esta enseñanza, se explicará con los animales de los ríos y estanques (ranas, peces, etc.) la puesta de huevos y la fecundación de éstos, las metamorfosis del renacuajo o las de los insectos (mosquitos). La reproducción de las aves en todas sus fases y los cuidados de la madre y del padre con los polluelos es otro motivo de enseñanza ilustrativa. En estas lecciones de cosas se trata a la vez sencillamente de los problemas embriológicos, con ejemplos reales, explicando cómo las dos células macho y hembra al unirse reúnen parte de la cromatina de sus núcleos y así transmiten en distintas proporciones las cualidades paternas y maternas al fruto o hijo. Esta unión de ambas células (fecundación) puede verificarse fuera del cuerpo (huevos de los peces, por ejemplo) o dentro del cuerpo como en las aves y mamíferos. Se pasará así a explicar en los mamíferos la función secretoria del ovario y de las glándulas masculinas las tendencias reproductivas en ciertos períodos del año (celo), el acoplamiento, el embarazo consecutivo y por fin el parto. Para ello convendrá servirse de los ejemplos reales que nos ofrecen los conejos y otros animales domésticos.

De este modo, podrá explicarse en último término la reproducción en el hombre como semejante a la de los demás mamíferos, haciendo notar que en éste no corresponde a períodos

determinados del año (celo), sino que es constante. Si alguno pregunta más sobre las funciones fisiológicas de la sexualidad humana convendrá explicarle individualmente lo que desea saber, limitándose en las clases colectivas a nociones generales comparativas.

Estas serán las nociones que se enseñarán a los niños en la época prepuberal, entre los ocho y doce años. Para completar esta ilustración sexual a los niños de las grandes ciudades se les deberá prevenir según Hirschfeld contra los peligros sexuales de la calle, tales como los individuos exhibicionistas o los homosexuales y otros perversos peligrosos (sátiros, sadistas) que hieren a sus víctimas y ponen en peligro su vida con actos criminales, aconsejándoles no ir nunca solos por la calle, ni aceptar juguetes, dulces y otras golosinas de los mayores, a fin de evitar los peligros de los sujetos enemigos de los niños.

Llama también la atención Hirschfeld sobre los estragos que puede causar en el alma de los niños verse obligados, como testigos ocasionales de atentados sexuales, a las declaraciones forzadas ante los tribunales, en las que los jueces con preguntas inadecuadas sugestionan al niño y le hacen incurrir en fantasías perjudiciales para su propio espíritu y de malas consecuencias para el acusado, que sufre el resultado de estas fantásticas narraciones infatiles. La ilustración sexual bien dirigida por padres y maestros evitará a los niños muchos accidentes y peligros consecutivos a la ignorancia de estas cuestiones. Wendla, la muchachita de catorce años de la tragicomedia «Despertar de primavera» («Frülings Erwachen»), de Wedekind, acusa a su madre de la ignorancia en que la ha educado. Cuando su madre le asegura que está embarazada y ella lo duda por no estar casada, la madre la responde: «eso es precisamente lo horrible», y Wendla exclama: «¡Oh, madre, porque no me has explicado todo!»; a lo que la madre sólo sabe responderle que ella le ha enseñado todo lo que su madre le enseñó a ella.



Así se han desarrollado y siguen desarrollándose muchos dramas familiares en todo el mundo. En Alemania ha publicado hace dos años un libro emocionante el profesor de la Universidad de Berlín W. Liepmann, que titula «Juventud y Erótica» («Jugend und Eros». Reinner, Dresden, 1930), en el que se relatan fragmentos trágicos de la vida real de muchachos y muchachas universitarios, discípulos de Liepmann o de enfermos suyos a los que la falta de instrucción sexual en la edad de la necesidad sexual arrastró a tragedias individuales y familiares tan impresionantes como la de la heroína de Wedekind. Y en España, con motivo de la encuesta que en 1929 hizo el diario «El Sol», de Madrid, a los estudiantes y jóvenes españoles sobre sus preocupaciones y deseos de innovaciones en las costumbres, se publicaron páginas interesantes de protesta del pensa-

miento escolar universitario y juvenil contra la organización social moderna española en relación con el problema sexual. Un estudiante escribía «El problema sexual en España es la tragedia de la juventud». Otro, decía: «Mi educación sexual ha sido ineducación. Me veo retratado en el personaje central de la novela de Glaeser «Los que teníamos doce años». Un joven licenciado en filosofía escribía: «No estoy satisfecho de la educación recibida. Yo siempre reprocharé que no se me haya instruído amplia y limpiamente sobre estas cuestiones tan fundamentales.» Otro licenciado en filosofía, de veinticinco años (que vislumbraba la solución futura del problema sexual en la práctica integral del amor entre muchachos y muchachas, conteniendo la reproducción hasta permitirlo las condiciones económicas), a pesar de considerarse hombre al día no pudo liberarse de lo que él llamaba el «estigma» heredado, y añadía: «Yo respeto actualmente el matrimonio y pongo una ilusión loca en la virginidad de la novia.» Otro joven de veintitrés años se expresaba así: «Este africano resabio nuestro de la separación de sexos es el responsable de tantos sinsabores...; ante la mujer sólo sabemos adoptar una posición: desearla; ni comprenderla ni apreciarla.» Igualmente un maestro joven, entusiasta de la coeducación, escribía: «No creo estar equivocado si atribuyo a la enseñanza de las religiosas la torpeza intelectual y pusilanimidad de nuestras mujeres.» Un estudiante



pedía «más libertad en el amor, más conocimientos higiénicos de él y de sus frutos y habremos adelantado mucho en la mejora física e intelectual de la humanidad». Sólo una estudianta de diecisiete años responde: «Pensando en la salud del cuerpo y del espíritu estoy satisfecha de la educación que he recibido. Apruebo la coeducación.» En cambio, un viajante de veintisiete años adherido a la moral tradicional, después de criticar el descoco de la mujer moderna y su desprecio de la virtud, añade: «Estoy buscando mujer y me encuentro negro», y un joven abogado andaluz, al comentar la misión de la mujer escribe con sarcasmo: «Hablando rudamente, cada mujer según su grado de salud y belleza está llamada a un destino. Desde luego, su misión esencial no es ser boticarias, ni abogadas, ni químicas, aunque tienen derecho a serlo siempre que sean feas.»

## V

## Coeducación y coinstrucción

Uno de los medios más importantes de la educación sexual es la *coeducación,* entendiéndose por ésta, no sólo la coinstrucción de niños de ambos sexos, en una misma clase de la escuela, sino la formación continuada de un concepto del mundo, de un ideal de vida en ambos sexos conjuntamente. Se ha combatido

mucho la coeducación, afirmándose que contribuía a engendrar cierta lascivia entre los niños de ambos sexos, pero debemos proclamar que es el método más natural de formación educativa, el que se observa en los pueblos primitivos que carecen de esa agudización erótica moderna que se quiere achacar en parte a la coeducación. Mediante la coeducación se pone en marcha tempranamente el juego amoroso de ambos sexos (coqueteo en la niña, hacer la corte en el niño) sin las represiones y derivaciones perjudiciales de la educación aislada de los sexos. Mediante la coeducación no se elimina la erótica, sino que se inicia a su debido tiempo y claramente, originándose sentimientos de respeto mutuo y de camaradería entre ambos sexos como consecuencia del trabajo en común y de los juegos, diversiones, deportes y demás activades en que intervienen ambos sexos conjuntamente. Así empieza pronto el muchacho a apreciar a la niña como igual y sin ningún prejuicio de superioridad. Es por eso extraño, como ya dijimos, que las defensoras de la igualdad de los derechos políticos de la mujer hayan combatido o no hayan insistido sobre la importancia de la coeducación como camino más rápido para conseguir sus aspiraciones. Con ella desaparece el nivel más inferior de la educación femenina y a su vez se pone en evidencia la igualdad intelectual de ambos sexos, sometidos a iguales condiciones de esfuerzo mental.



La coeducación, como toda educación natural, debe ir acompañada de la «ilustración sexual». El éxito de la coeducación depende enteramente del maestro y de su conducta vigilante y acertada. Cuando el maestro sobrevalora a los muchachos en la clase o, como ocurre algunas veces, castiga al muchacho malo haciéndole sentar entre las niñas, entonces produce más daños que los beneficios que reporta la coeducación. En estas clases de coeducación es conveniente tratar del tema «Muchacho y muchacha» que calma ciertos estímulos y tensiones eróticas de los niños. El librito de Hodann «Bub und Mädel» («Muchacho y muchacha»), que ya hemos citado, es muy adecuado para estas lecciones. Hay muchos padres que durante la adolescencia o segunda infancia, entre los siete y catorce años de edad, quieren separar ambos sexos en la educación y, sin embargo, les permiten convivir juntos en las reuniones sociales (fiestas, bailes, etc.), donde entran en juego las incitaciones eróticas corporales, que aún se acentúan más en aquéllos cuyo espíritu no está preparado para este encuentro, debido a la falta de una relación espiritual coeducativa.

La opinión corriente en España sobre la coeducación la vemos reflejada en esta frase que copiamos de la mencionada encuesta de «El Sol», de Madrid, en 1929. «La coeducación está bien; hace conocerse y estimarse a hombres y mujeres; pero no me parece todavía muy via-

ble en España, donde aún se siente hambre de mujer y se la considera más bien como objeto de deseo que como compañera en la vida.» El que esto escribía no pensó que precisamente la función de la coeducación iniciada en la infancia y continuada después consiste en modificar esa actitud famélica del instinto erótico propia del hombre español que desde la infancia vive aislado de la mujer. En esta misma encuesta, una señorita, estudiante de derecho, opina que debe instruirse a la niña de diez a doce años sobre los «engaños» que podrá sufrir por parte de sus camaradas masculinos, con lo que olvida que en una coeducación integral desde la infancia desaparece la pretendida «inocencia» de la niña respecto al niño de su edad. Por eso es preciso la coeducación integral, escalonada e iniciada desde la infancia.

No es, pues, extraño que dada la opinión contraria a la coeducación que en España se tiene, se vaya desvirtuando en lo posible la que organiza el Estado. En las escuelas *mixtas* rurales los maestros hacen todo lo posible por separar a niños y niñas, haciendo que unos asistan a la escuela por la mañana y otros por la tarde. Otras veces—dice la Srta. Comas [1]—se ponen de acuerdo los maestros de dos aldeas vecinas o la maestra y el cura para acumular cada uno los alumnos o las alumnas. En realidad en estas escuelas sólo se lleva a cabo

1 M. Comas: «La coeducación de los sexos», página 86. Madrid, 1931. Publicaciones de la «Revista de Pedagogía».



una coinstrucción, pues la verdera coeducación es algo más delicado y que supone mejores maestros, para saber formar hombres y mujeres, no eruditos, mediante el trabajo intelectual sobrio, el juego corporal al aire libre, la intimidad prolongada con la naturaleza y el aire, la vida de relación familiar y de mutua confianza entre discípulos y maestros, la supresión de castigos vejatorios y la implantación del espíritu de camaradería entre los escolares, tanto en los juegos y deportes como en los estudios. La verdadera coeducación amplía el horizonte de conocimientos de las muchachas y beneficia al muchacho por el contacto con el punto de vista femenino, comprendiéndose mejor ambos sexos y disminuyendo el imperio de la fuerza. Los alumnos de las escuelas coeducativas se sienten más felices y dichosos que los de las escuelas unisexuales y resultan después mejor preparados para la vida social.

## VI

## La educación sexual en la pubertad

La época puberal de la vida, entre los catorce y los veintiún años, en que ocurren las mayores modificaciones vitales en el hombre y la mujer (cambio de voz, salida del bigote, mens

truación, crecimiento de los pechos, etc.) varía mucho de unos climas a otros, adelantándose en los climas del Sur hacia los once y doce años y retrasándose en los climas nórdicos hacia los quince años. La pubertad es un proceso psicofísico determinado por las funciones de las glándulas de secreción interna o que vierten sus jugos en la sangre. Las glándulas sexuales son glándulas mixtas, con una secreción exterior dirigida a la función reproductora y una secreción interna que no sólo interviene en el desarrollo físico del cuerpo, sino que es productora del impulso erótico y además actúa sobre el espíritu. La supresión de estas glándulas en los animales y en el hombre (eunucos) determina cambios corporales, tales como el aumento de la estatura y de la grasa, la voz atiplada, y otras modificaciones espirituales, consistentes en una tendencia a la apatía y a la debilidad del carácter.

Un problema importante de la pubertad es la «madurez sexual precoz» o precocidad sexual, derivada de complejos endocrinos y de factores hereditarios. Esta se inicia en algunos niños españoles entre los once y trece años. Algunos pedagogos opinan que esta precocidad sexual forma parte de la «dismoralidad constitucional» o locura moral y que el niño que la presenta es a la vez mentiroso, ladrón, hiperfantástico y, por lo general, termina en la delincuencia. Nuestra experiencia sobre los niños españoles es que esa asociación no es



constante, aunque sí bastante frecuente. Hay factores ambientales que pueden también influir. Por de pronto es un hecho frecuente que la iniciación sexual se realice más precozmente en los medios proletarios que en las clases acomodadas, en las que los niños están más vigilados. La mayor libertad de acción y las necesidades económicas contribuyen, pues, a determinar una aparente precocidad sexual en los medios proletarios, pero ésta no corresponde siempre con una verdadera maduración sexual, sobre todo en la mujer.

En el individuo normal esta época de maturación se caracteriza espiritualmente por su sentimentalismo, inquietud, tendencia a reaccionar contra lo «antiguo» y propio de la generación precedente, inclinación a la fantasía y la aventura y en el seno familiar por la formación del conflicto paterno filial (protesta viril del hijo contra el padre y de la hija contra la madre).

En este momento el tacto de los padres y maestros debe ser exquisito, pasando como inadvertidos muchos actos de los jóvenes y procurando convertirse en los compañeros y confidentes y no en los temidos u odiados correctores eternos. Entonces es cuando conviene dirigir los mecanismos sexuales reprimidos del joven hasta transformarlos en un idealismo socialmente útil, engendrando en ellos una nueva moral, un entusiasmo ideológico, es decir, una *sublimación* del instinto que no perjudique a la salud física y moral.

En la pubertad se producen también perturbaciones frecuentes, que son dependientes en gran parte de lo que se ha llamado la «necesidad sexual de la juventud», y son, por tanto, resultantes de la colaboración de las circunstancias y condiciones sociales de la vida sexual actual y de la falta de una educación sexual. ¿Cuáles son las consecuencias de estas condiciones? La falta de una educación sexual natural determina en los jóvenes un «sentimiento de inferioridad» de orden moral al creer que todos los actos derivados del instinto significan pecado o delito y que no han procedido correctamente. Surge así un remordimiento constante que coloca al púber en una situación de inferioridad, haciéndole avergonzarse de sí mismo. Este sentimiento de inferioridad, tan común en los jóvenes adolescentes y púberes y que tan bien ha estudiado Adler, se refuerza a causa de la forma despectiva con que los adultos tratan a los jóvenes. Las consecuencias de este sentimiento de inferioridad, derivado de la necesidad sexual puberal, son las siguientes: la crisis de confianza entre los jóvenes y sus padres o maestros y entre ambos sexos; la sobrecompensación, o tendencia de los jóvenes a valorizarse exageradamente para compensar en exceso la desvaloración de los demás; y la huída de la realidad de la vida, en el suicidio, en los tóxicos, en la emigración a otros países, en la religión, en la enfermedad («el refugio en la enfermedad» de Freud), en el



deporte, en el estudio, o en el amor romántico. Estas últimas son formas de sublimación del erotismo, desviaciones o derivaciones ideales de la necesidad sexual, que sólo adquieren toda su razón de ser normal en el hombre adulto, cuando el instinto debe satisfacerse en la vida sexual armónica, totalizadora del sentimiento de la realidad de la vida.

Otra forma de compensación de la necesidad sexual es la *masturbación*. Es ésta la forma primaria de la descarga erótica, que debemos considerar como función normal de la mayoría de los niños y que desaparece espontáneamente al llegar la madurez sexual y establecerse la vida sexual en su total desenvolvimiento. Después de la edad adulta sólo se conserva anormalmente en algunos individuos que padecen anomalías psíquicas, ya hereditarias o ya adquiridas y condicionadas por el ambiente.

La educación sexual de la pubertad debe evitar el conceder excesiva importancia a esta tendencia a la autosatisfacción erótica, no amenazando con castigos corporales ni con ideas de pecado o delito, sino más bien convenciendo psicoterapéuticamente a los jóvenes, en conversaciones amistosas, de la conveniencia de reprimir esa tendencia para evitar la nerviosidad o neurastenia sexual que puede acarrear el abuso de dicha forma de satisfacción del instinto. Trataremos psicoterapéuticamente la hipocondría o depresión masturbatoria de algunos psicópatas que a veces conduce al suicidio

de los jóvenes y a las automutilaciones de los genitales, o bien a la neurosis obsesiva de escrúpulos interminables, y asimismo combatiremos también la posibilidad de los trastornos en la potencia viril (eyaculación precoz, impotencia), en el hombre o la frigidez de la mujer. Estas son consecuencias frecuentes del abuso excesivo de la masturbación y su prolongación en la madurez sexual en individuos con disposición psicopática. Esa relativa benevolencia con la masturbación de los jóvenes que se aconseja no indica que se la considere como una solución de la necesidad sexual. Frente al acto sexual normal (coito) tiene esta solución defectuosa la desventaja que al faltar en ella la relación corpóral y espiritual con otro ser del sexo opuesto, resulta un acto incompleto dentro de la finalidad del proceso sexual reproductivo.

La moderna educación sexual procurará reformar las tendencias masturbatorias excesivas con el tratamiento psíquico, utilizando el psicoanálisis de la tendencia y la explicación, y en casos de fracasos recurrirá a los métodos menos intelectuales del hipnotismo y la autosugestión, según el método de Cué, ayudándose además de los ejercicios físicos, los deportes, el baile y la vida activa con los camaradas de la misma edad. En las formas anormales, consecutivas al erotismo patológico, o al infantilismo psicosexual (fijación del erotismo en la fase narcisista infantil) los fracasos de estos



métodos son frecuentes, pero los medios represivos físicos no conducen a mejores resultados y sólo en contadas excepciones se justifican. Tampoco se aconsejan los juramentos de abstención, que en ocasiones han llevado a la desesperación a los que no cumplieron lo jurado, impulsándoles a diversos actos contra sí mismos, bajo la obsesión de la culpa y su expiación.

## VII

## La educación sexual en la enseñanza superior

Se ha discutido mucho en qué forma deben darse esas enseñanzas de la educación sexual durante el período puberal, correspondiente a los estudios universitarios o tecnológicos.

Según H. H. Barnes [1], los institutos superiores (escuelas politécnicas, universidades y colegios universitarios) no deben convertirse en escuelas de sexología, ni tampoco en sitios de donde se excluya toda educación sexual. La mejor manera de dar instrucción sexual en esta fase de la vida es entremezclándola con los otros estudios que tienen alguna relación con el sexo.

1 H. H. Barnes: «Sex in education» (del libro de Calverton y Schmalhausen «Sex in Civilization», Londres, G. Allen).

En las ciencias biológicas, cuando se estudie la endocrinología y las secreciones internas y sus diferentes acciones sobre los órganos por la intervención química de las hormonas, se facilitará el conocimiento de la función de las glándulas sexuales.

Al estudiar la psicología se tratará de las emociones de origen sexual y de su génesis e influencia sobre el espíritu y el cuerpo. Las conexiones de la psicología con la higiene mental permitirán instruir sobre la interdependencia entre la vida sexual adecuada y el vigor físico y mental, y asimismo tratar del problema de las perversiones sexuales.

En los estudios sociales se abordará la cuestión de la influencia del sexo sobre las sociedades humanas. Al cursar la antropología se discutirán y analizarán comparativamente las formas distintas en que el hombre, según las razas y pueblos, ha resuelto el problema sexual, comprobándose que en todas ellas el hombre ha creído proceder siempre con arreglo a la inspiración divina, es decir, la de los dioses que él reputaba como verdaderos. Los estudios históricos mostrarán el desenvolvimiento del «complejo de impureza» a partir del primitivo misticismo, siguiendo después por las fases del judaísmo, del ascetismo helénico, hasta la sobrecompensación y racionalización kantiana de la privación personal o del renunciamiento.

Al abordar los estudios de economía se tratarán los problemas de la limitación del crecimiento de la población y del control de los nacimientos y su relación con las condiciones del trabajo y con los problemas de la vida, así como los de la familia futura ante el avance del maquinismo y de la industrialización. Entonces podrá comprobarse que muchas de las tendencias actuales hacia la desintegración de la vida familiar no son consecuencias—como pretenden los puritanos—de las predicaciones del amor libre de los sociólogos y psicoanalistas, sino el resultado inmediato de la revolución industrial y de la entrada de la mujer y del niño en el trabajo industrial, según puede comprobarse en la Rusia soviética. También en los estudios sociológicos se analizarán las causas del divorcio y entre ellas la muy importante de la incompatibilidad sexual entre los dos cónyuges, consecutiva muchas veces a la ignorancia sobre el arte de amar y sus fundamentos científicos.



Además, en sentir de H. H. Barnes, debe desaparecer en los colegios y residencias universitarias y tecnológicas esa regulación rígida de la vida como en las prisiones. Las necesidades sexuales de cada individuo deben ser consultadas con el médico oficial del establecimiento.

Las obligaciones custodiales de los profesores y encargadas de los colegios universitarios y universidades femeninas deben ser menos estrictas, adaptándolas a los progresos sociales y evitando así las fugas y suicidios de las

muchachas que se revelan contra la excesiva rigidez.

En los colegios y residencias masculinas aconseja que se den facilidades a los estudiantes para relacionarse con las muchachas en espectáculos, conferencias, deportes y bailes, encauzando con decencia la vida emocional de los estudiantes y orientándoles hacia el matrimonio de amor.

Popenoe [1], que también se ha preocupado del problema de la preparación para el matrimonio y la paternidad de los estudiantes universitarios americanos, llega a conclusiones semejantes a las de Barnes.

Las funciones educativas de la familia en este respecto, según él, han perdido con la moderna vida urbanística e industrial su antigua importancia, siendo preciso que los sistemas educativos superiores tomen sobre sí esta nueva responsabilidad en la formación de la personalidad de los estudiantes. Se evitará así el bajo porcentaje de matrimonios, de paternidad y de buenos cuidados infantiles comprobados en las mujeres graduadas en las universidades americanas (Baber Ross y otros), la elevada proporción de prácticas homosexuales descubierta por Davis en los colegios universitarios femeninos, la ignorancia de los problemas se-

1 Popenoe: «How can colleges prepare their students for marriage and parenthood?» (Journ. home economics, vol. 228. Marzo 1930).



xuales de que protestan muchachos y muchachas.

Para remediar esto, aconseja Popenoe que en la instrucción de los alumnos y alumnas sobre los problemas del matrimonio y la paternidad se empleen profesores casados y con hijos, sustituyendo a los célibes.

Los cursos de ciencias naturales y sociales, los de educación y ciencia doméstica, los de arte y religión ofrecen múltiples oportunidades para tratar de estos problemas. Al criticar las obras literarias deben abarcarse, además de los problemas técnicos, sus aspectos sociales, familiares y relacionados con la sexualidad. El estudio de la herencia humana y su importancia selectiva en el matrimonio debe figurar en todo plan de estudio. Las diferencias de ambos sexos en lo biológico y psicológico podrán tratarse repetidamente al estudiar la psicología, biología, sociología, arte, religión, educación, economía, ética, historia y literatura, pero principalmente en la biología y la psicología.

Se instruirá al estudiante en lo relativo a cómo tratar su evolución sexual con motivo de los estudios psicológicos, de la educación general y física y de otras materias. También debe instruirse a los estudiantes sobre las formas adecuadas de relacionarse con otras personas y singularmente del otro sexo, cosa generalmente abandonada a la intuición personal de cada alumno y, sin embargo, tan importante para

la vida social. Es muy de aconsejar que se organicen fiestas sociales para estudiantes de ambos sexos, preparadas por las asociaciones estudiantiles que estén aconsejadas por los profesores más humanos. Es preciso evitar en ellas las exageraciones pretenciosas de ciertos alumnos; por ejemplo: en un colegio universitario femenino de California votaron las alumnas eliminar de las fiestas a la que llevase el mismo vestido en dos reuniones sucesivas y otras imposiciones semejantes. En esto la influencia de los profesores puede ser importante.

Es frecuente en la vida estudiantil una falta de comprensión sobre la realidad del matrimonio, al cual lo concibe la muchacha con frecuencia como una prolongada luna de miel y de vida parasitaria, y el muchacho como una organización patriarcal que él debe sostener y regir. Ambas concepciones erróneas llevan después a la desilusión y al fracaso matrimonial, que se pueden evitar con una instrucción previa conveniente sobre los deberes y los derechos de cada cónyuge en el matrimonio.

La ignorancia de los jóvenes sobre la adaptación marital y la mayor perfección de la intimidad del mismo puede ser aclarada en conferencias médicas especiales o en consultas individuales con el médico del establecimiento universitario preparado para estas enseñanzas.

No menos importancia para la felicidad matrimonial presenta el conocimiento de la economía doméstica, pues a causa de su deficiencia se producen casi tantos conflictos matrimoniales y divorcios como por causas sexuales.



La enseñanza del trato que debe darse a los niños propios y ajenos puede hacerse en los cursos de psicología y en las prácticas especiales en las casas de niños y orfelinatos.

La mejor organización para llevar a efecto todas estas enseñanzas individuales y sociales relacionadas con la sexualidad es la de un colegio coeducacional universitario de no muy numeroso alumnado, con profesores casados y con hijos, los cuales sientan los problemas familiares y sepan inculcar en los estudiantes de ambos sexos todos los conocimientos y el sentido de responsabilidad y de deber que implica la vida matrimonial. El discípulo saldrá del colegio universitario con una filosofía de la vida que represente una síntesis real de los diversos tipos de expresión y realización que implica al organismo humano y la comprensión de las bases sociales de la cultura como distintas de la gratificación de los impulsos individuales. Esta es la verdadera preparación para vivir y para dirigir o encauzar la vida de otros seres.

# VIII

## La educación sexual después de la pubertad

En la época que sucede a la pubertad se necesita ampliar y profundizar el trabajo de ilustración sobre los problemas sexuales que se inició en la edad puberal con la ilustración o aclaración sexual. Esta ampliación de los conocimientos sobre el problema sexual adquiere ya en esta época dos aspectos distintos: uno *filosófico* y otro *médico* (higiénico y eugénico). El aspecto filosófico deriva de la necesidad de crear en el joven una idea mundial o sistema ideológico («Weltanschaunng» de los alemanes) sobre el problema sexual y sus relaciones con la moral, la economía y la política. El aspecto médico se orienta hacia la prevención de las enfermedades sexuales, la generación consciente y eugenésica, la prevención de la concepción y otros aspectos del problema.

La *ilustración sexual filosófica* o ideológica se funda en dos razones principales que son: la primera, que el joven moderno ha de chocar con las opiniones envejecidas respecto a este problema de sus padres y demás personas mayores y precisará conocer los principios ideales en que se fundan las nuevas normas de



conducta y de ética sexual que el mundo está creando, y la segunda, que debe ser él quien como nuevo ciudadano del mundo tenga aún que luchar por la divulgación e implantación legal de la moral derivada de este concepto de la vida. Se trata, pues, de cuestiones filosóficas, psicológicas, sociales y económicas que el nuevo hombre tiene que meditar y desarrollar más ampliamente de lo que le fueron presentadas, para fundar una *nueva moral sexual* erigida sobre un principio eugenésico, acorde con las ciencias naturales y al mismo tiempo trabajar por la destrucción de la vieja moral sexual, derivada de principios tradicionales y convencionales. Para ello habrá de llegar hasta modificar las conciencias, las leyes y las organizaciones sociales adheridas a la *doble moral* tradicional que el mundo moderno trata de suprimir.

El problema sexual, por su ligazón con el problema del amor, no es sólo una cuestión médica, sino también el punto central de una política cultural y social. La importancia máxima que la cultura moderna concede a la vida sexual deriva del reconocimiento naturalista de las intensas influencias que el instinto sexual, con su ritmo fisiológico de tensión y descarga, ejerce sobre la perfecta armonía psicofísica, influyendo predominantemente sobre el estado anímico y corporal y con ello sobre la capacidad espiritual y física del adulto. La moral sexual debe responder al principio fun-

damental enunciado por Forel, según el cual «no debe existir ninguna contradicción entre la higiene y la ética».

El «naturalismo», que no debemos confundir con el materialismo, es la base filosófica de la nueva ética sexual. La futura religiosidad o moralidad debe compenetrarse más del conocimiento naturalista y no persistir en el enquistamiento antihumano de la vieja moral. Los conceptos de pecado relacionados con el instinto sexual deben modificarse sustancialmente. La nueva ética necesita inculcar una actitud positiva y reverencial hacia la vida y todas sus manifestaciones sanas. Se necesita crear un nuevo sentido de la responsabilidad racial, paternal y filial, y dejar de confundir la distinción entre las funciones individuales y las raciales del sexo. Es preciso enseñar que mientras por un lado la vida sexual cumple un fin biológico y psicológico que concierne sólo a la salud del individuo, la procreación por el otro lado sirve a fines raciales que conciernen a la salud de las naciones (Pitt-Rivers). En esta edad científica que vivimos es preciso que la regulación y legislación sobre el matrimonio y las relaciones sexuales no sea llevada a cabo como hasta ahora por personas que ignoran los hechos más elementales que han revelado las ciencias biológicas y psicológicas sobre el problema del sexo.

Para la nueva moral el amor mutuo de dos seres ennoblece todo acto sexual, sea en el matrimonio o fuera del matrimonio; pero el ejercicio de la sexualidad sin amor debe ser considerado como la más grave falta ya que conduce a la propia prostitución y cultiva a la vez la prostitución de los demás. En suma, el amor verdadero, a lo Werther, frente al amor epidérmico a lo don Juan. Esta *mayor perfección del amor,* haciéndole un todo con el instinto y, por tanto, elevando este último de su primitivo nivel inferior a un grado superior de idealidad es la primera imposición de la nueva moral sexual unitaria, o igual para los dos sexos. Se llega así a ese «conglomerado inmenso» que concibe Spencer en el amor como suma de nueve distintos impulsos, intereses y afectos implicados en su totalización. Otro principio de la nueva moral sexual es el de la *sinceridad* y buena fe, frente a la hipocresía sexual, pues evita las consecuencias de las traiciones y engaños en el amor. El tercer principio de la nueva moral es el de la *responsabilidad* de las propias acciones sexuales, frente a la canallesca irresponsabilidad del hombre actual que lanza al arroyo a las desgraciadas que le creen mientras él continúa con su conciencia tranquila parapetado en la *doble moral* sexual de nuestros días.

Estos nuevos ideales de moralidad y ética sexual precisan ser completadas con normas de conducta adaptadas a esta concepción teórica. Bertrand Russell en su libro «Los fines eternos de la educación» aconseja, por ejem

plo, que se explique al muchacho que los celos son un sentimiento injustificado de un derecho falso a la posesión amorosa de otro ser. El amor no es un deber, sino un don del cielo—dice Russell—, ya que es independiente de la voluntad, y debe sentirse libremente. Quien sienta desconfianza y temor en el ser amado ha perdido la felicidad de su vida.

La educación sexual de la juventud no debe estimular el apetito erótico, sino aceptarle y comprenderle con claridad, pero procurando contenerle y reservar esta fuerza, orientándola y *sublimándola* hacia los ideales del honor, el desinterés y la bondad y manteniendo un perfecto equilibrio entre las fuerzas espirituales y las físicas del amor. Ni ascetismo violento y antinatural, ni el abuso de la sexualidad, sino el dominio consciente y normalmente posible. Es preciso valorar el cuerpo humano más de lo que lo era en tiempos de San Bernardo cuando éste escribía que el hombre «no era más que esperma fétido, un saco de estiércol y el alimento de los gusanos». Contra dicho ascetismo presentaremos la concepción actual de la felicidad humana, pero frenando al instinto del abuso y la corrupción e inclinándole hacia la sublimación.

Las muchachas deben aprender a mirar el amor con serenidad para escoger bien el hombre con quien unirse, eligiendo una personalidad que no sea inferior a la suya ni espiritual ni físicamente, para no tener que avergonzar-



se después, y para engendrar hijos sanos que hereden y adquieran las condiciones de ambos (eugenesia).

Recientemente ha propuesto el Dr. Hirschfeld [1] la creación en Alemania de «Agencias matrimoniales oficiales» organizadas científicamente en un sentido eugénico para sustituir a las privadas que se dedican por lo general a un negocio repugnante. Cada aspirante llenará una hoja-cuestionario que tendrá su retrato y una cifra distinta, conservándose secreto el nombre bajo sobre lacrado. Los aspirantes examinados por técnicos (médicos, juristas y mujeres) desde el punto de vista eugénico, biológico, psicológico y social serán puestos en relación adecuadamente a sus cualidades y deseos, facilitándose así la posibilidad de matrimonios felices en personas tímidas, sin relaciones, o muy ocupadas.

En algunos países como Norteamérica se han organizado ya «Consultas Premaritales» de finalidad eugénica y hasta se exige el certificado médico prematrimonial [2]. En las consultas prematrimoniales se dan consejos sobre instrucción sexual, habiéndose observado que hay una correlación directa entre esta instrucción y la felicidad matrimonial. El certificado prematrimonial en algunos Estados de Norte-

1 Hirschfeld: «Über amtliche Ehevermitlung». (The Sexual Reform Congress. Londres, 1929.)

2 F. S. Hall: «Medical certification for mariage». (Russel Sage Found. New York, 1925.)

américa se refiere sólo a las enfermedades venéreas, pero en otros, como Dakota del Norte, se exige que los aspirantes no sean deficientes mentales, epilépticos, locos, alcohólicos crónicos, o afectados de tuberculosis pulmonar avanzada.

Ahora se aspira a que el examen médico no se limite sólo a este aspecto eugénico racial y social referente a la procreación, sino que profundice también en el aspecto individual, tan importante para la felicidad futura del matrimonio. Algunos médicos como A. Stone [1] y Dickinson [2] han tratado de establecer la estandardización de los métodos e investigaciones necesarias para este certificado prematrimonial y están de acuerdo sobre varios puntos esenciales, tales como una historia familiar y personal completa, para destacar las enfermedades transmitidas hereditariamente y las características procreativas constitucionales observadas en la familia; un examen físico cuidadoso, especialmente en lo que se refiere a los órganos reproductores de ambos aspirantes y su funcionamiento, y un consejo o instrucción relativo a la vida matrimonial, de acuerdo con las observaciones hechas en el examen. La Dra. Hannah Stone, después de una vasta experiencia de exámenes pre y postmaritales de

1 A. Stone: «The premarital consultation». (The Sexual Reform Congress. Londres, 1929.)

2 Dickinson: «Premarital examinations as routine preventive Gynecology». (Amer. J. Obst. a. Gyn. Noviembre 1928.)



mujeres en Norteamérica, propone que si no existen contraindicaciones especiales u objeciones de los interesados debe en este examen dilatarse médicamente el himen con un anestésico local y maniobras manuales, con lo que se evitarán los miedos de la recién casada ante la desfloración y los dolores y peligros del vaginismo o la dispareunia consecutiva a experiencias desagradables, como también las posibles infecciones o desgarros causados por maridos inexpertos. De igual opinión es Spinner [1].

Así, pues, la consulta premarital debe estar orientada para servir a los dos principales fines del matrimonio, a saber, un control más positivo de la procreación y una armonía más perfecta de la vida sexual.

En la moderna educación sexual del adolescente ha alcanzado una importancia práctica inesperada el conocimiento de los *medios anticoncepcionistas,* a los que Bernhard Shaw ha denominado el «gran invento del siglo». Pero el uso y conocimiento de los mismos ha hecho que recaiga toda la responsabilidad de la concepción sobre la mujer, puesto que ella es la que permite que esto ocurra. La nueva moral sexual, con su concepto de responsabilidad, exige de los padres, hoy más que antes, que sólo deban permitir que el amor tenga esta consecuencia tan seria y llena de deberes cuan-

1 Spinner: «Defloration spsychologie und Defloration stechnik». (Sexualnot und Sexualreform. IV Congress. Viena Elbemühl 1930.)

do puedan engendrar, criar y educar a un hijo sano.

Esta tendencia a la mayor responsabilidad de la paternidad, que implica el derecho a su limitación, es combatida sin descanso por los distintos credos e iglesias y es base de agrias discusiones entre moralistas religiosos y médicos eugenistas. La moral religiosa cristiana y católica, por ejemplo, impone que no debe jamás impedirse la concepción en el matrimonio, y califica de pecaminosa a la vida sexual matrimonial si va acompañada de alguna práctica anticoncepcionista, aun en el caso grave de que la concepción ponga en peligro la salud o la vida de la madre y aunque los niños nazcan débiles, enclenques y con pocas probabilidades de vida o de salud. Este principio dogmático parece conceder la máxima importancia en el matrimonio a la reproducción y es extraño que no tenga como consecuencia la facilidad de anular los matrimonios estériles, ya que éstos (al no cumplir dicha finalidad reproductora) resultan solamente sancionados como conveniencias sexuales. Dicha concepción dogmática del matrimonio, que aún recientemente ha sido defendida en España por representantes autorizados de la iglesia católica, es hoy combatida por todos aquellos que propugnan un *sentido de responsabilidad de los padres* respecto a sus hijos y que defienden el *derecho de los hijos* a que se les procure una vida sin trabas ni sufrimientos crueles. Las estadísticas sobre esta cuestión



han demostrado que las madres sanas que tienen partos muy seguidos, dan vida desde el cuarto hijo a seres muy débiles, en los cuales la mortalidad aumenta progresivamente. Hoy sabemos que una tercera parte de los niños séptimos mueren al poco tiempo de nacer y que más de la mitad de los nacidos en duodécimo lugar están condenados a esta misma suerte.

El concepto de lo que es moral o inmoral en el matrimonio varía también con la nueva moral sexual, de tal modo que un matrimonio puede ser inmoral y una unión libre no. El matrimonio de conveniencias, arreglado por los padres o por los confesores sin amor de los contrayentes, es una repugnante prostitución de ambos cónyuges llena de inmoralidad. Por el contrario, una unión libre, hecha por amor, con romanticismo y contra el deseo de imposición económica de unos padres interesados en negociar el matrimonio de un hijo, constituye un acto plenamente moral.

Las condiciones económicas de la vida moderna, obligando a retrasar la edad del matrimonio hasta los veinticinco o treinta años en vez de los dieciséis a veinte en que se realizaba en la antigüedad, hacen evidente que no podamos imponer hoy a los solteros la misma moralidad sexual que antiguamente se les exigía y resulta injusto que la doble moral hoy imperante considere como disculpable y normal que el hombre soltero tenga

relaciones sexuales antes de la época del matrimonio y la mujer no. Esta moral divergente trae como consecuencia el desarrollo y mantenimiento de la prostitución, la satisfacción del instinto sexual sin amor en el hombre, las neurosis de la mujer soltera normal cuyos fuertes instintos son forzados a la abstinencia, la descalificación social de la mujer enamorada que se entrega antes de poder crear un hogar o tener descendencia al hombre que la quiere, las catástrofes matrimoniales entre una mujer frígida por la abstinencia prolongada y un hombre habituado al comercio sexual sin amor, y tantas otras inmoralidades individuales y sociales derivadas de aquella doble moral sexual que es mantenida dogmáticamente por los que resisten a la razón de la nueva moral.

La aspiración moderna a la legalización de los medios anticoncepcionistas ha colocado a la mujer en las mismas condiciones que al hombre y ya no puede éste exigir a aquélla la la virginidad que él no conserva ni la abstinencia que él no cumple, fundándose en el viejo argumento del «peligro de los hijos». Se podrá, por tanto, educar ya a los nuevos hombres y mujeres en estas ideas de igualdad de los sexos y de moral sexual unitaria para el hombre y la mujer, combatiendo la práctica de la función sexual sin amistad ni amor y, por tanto, el comercio corporal superficial o interesado, que es origen de la prostitución. Sólo cuando se implante en las costumbres esta nueva moral será posible combatir con éxito la prostitución y no perseguirla ciega y brutalmente como se ha hecho hasta ahora sin modificar previamente las condiciones, las ideas éticas y las leyes relativas al instinto sexual, es decir, sin abordar por entero el problema sexual en toda su magnitud, mirándolo frente a frente y sin hipocresía farisaica. La nueva moral sexual, aunque aconseja la continencia, autoriza, pues, a la mujer moderna al amor prematrimonial, con la sola garantía de prevenir la concepción.



Debemos, pues, ilustrar a la juventud para que influya sobre el medio ambiente de su tiempo procurando que los conceptos éticos y la legislación sobre la vida sexual rompa sus ligaduras con la doble moral tradicional y sus desastrosas consecuencias y entre así en los cauces que imponen los nuevos conceptos naturalistas, higiénicos y eugenésicos de la moral única. El problema de la anticoncepción, el del aborto voluntario en casos especiales, el de los hijos fuera del matrimonio y otros necesitan ser modificados en todas las legislaciones con arreglo a estos nuevos conceptos, como ya lo han hecho algunos países. Y la juventud moderna debe conocer estos progresos legislativos para exigir su implantación en sus países, haciendo desaparecer para siempre las viejas normas plagadas de injusticia contra las madres y contra los hijos que no nacieron en una unión legal.

Esta actividad propagandista significa la relación que todo el problema sexual tiene con la política y la economía, y por eso es fundamental que el joven moderno conozca un sistema de ideas o una «Weltanschaung» sobre tan importante cuestión. Para justificar esto fijémonos sólo en el aspecto de la procreación indefinida que propugna la actual legislación conservadora y la doble moral. El Estado justifica esta tendencia aspirando al aumento de la población porque ésta proporciona más trabajadores, más soldados y porque mejoran las fuerzas industriales capitalistas al descender el precio del trabajo manual por la superabundancia de parados. ¿Es posible defender hoy estas ideas, cuando la crisis económica que atraviesa el mundo entero ha puesto de relieve el error económico y político de esta concepción? ¿Puede todavía propugnarse la procreación indefinida cuando la higiene y la medicina nos enseñan que los hijos nacidos de una madre debilitada por el exceso de procreación no son ya más que seres enfermizos condenados a una muerte prematura o a la formación de una nueva generación degenerada?

Las dos principales direcciones políticas mundiales, la conservadora o «política del poder» (Machtpolitik) y la progresiva o «política de la comprensión» (Verständigungspolitik), tienen sus raíces opuestas en estas y otras razones económicas y sociales divergentes.

Si la instrucción sexual en su aspecto filosófico o ideológico tiene las mencionadas finalidades, la *ilustración sexual médica* se dirige, en cambio, principalmente a la prevención de las enfermedades venéreas y a la anticoncepción. No es éste el momento oportuno ni el lugar de entrar en detalles sobre las diversas medidas higiénicas que puedan evitar los dos peligros infecciosos más graves (la avariosis y la gonorrea) que amenazan al individuo y a la especie tras la satisfacción del instinto primario. La forma más adecuada de esta parte de la «educación sexual» consiste en conferencias ilustradas sobre estos peligros dadas por médicos, en la lectura de libros apropiados de divulgación y en otros medios de enseñanza como las películas cinematográficas instructivas. La utilización de estos métodos de enseñanza sobre los peligros sexuales ha producido en Bosnia, poco después de su implantación pública, una disminución notable de las enfermedades venéreas. La finalidad de estas enseñanzas no es sólo la de prevenir esos males y sus consecuencias sobre los padres y su prole, sino también la de desterrar del espíritu del joven ese terror a las consecuencias de la vida sexual que es causa de tantas «neurosis de angustia» y de tantas fobias que perturbaron después, por sus derivaciones psicopáticas, la vida de muchos matrimonios.

Por otra parte, el conocimiento científico de los medios anticoncepcionistas evitará también en el futuro las numerosas víctimas de sus ins-

tintos o de su credulidad, que hoy son lanzadas a la prostitución y a la descalificación ante la comunidad en nuestra actual organización social, y asimismo las maniobras y remedios empíricos de charlatanes y explotadoras del aborto que han desgraciado a tantas víctimas de esta ignorancia.

La ilustración sexual médica debe enseñar, además, a los jóvenes que el impulso sexual no debe confundirse con lo que erróneamente se ha llamado el instinto de propagación o de la paternidad. El primero es un verdadero impulso o instinto primario que se engendra ya en temprana edad cuando aún no se siente el deseo de reproducirse. Es una fuerza inconsciente, brutal e invencible, cuya represión tiene consecuencias desagradables para el cuerpo y el espíritu, como sucede con los demás instintos primarios (hambre, sed, sueño, movimiento) cuando son reprimidos. Por el contrario, la tendencia a la propagación y a la reproducción tiene en el hombre un carácter más voluntario y deliberado, aunque en el fondo es una tendencia cósmica o instinto que la naturaleza ha enlazado al impulso sexual con toda su perentoriedad para que éste sirva de incentivo a dicha tendencia cósmica hacia la reproducción. De no existir dicho incentivo del impulso sexual, tanto los animales como el hombre evitarían con frecuencia las molestias de la reproducción, limitándose sólo a la satisfacción del impulso erótico. Por tanto, impulso



sexual e instinto reproductor son dos fuerzas distintas aunque enlazadas biológicamente para una misma finalidad.

La educación sexual psicológica, como resultado de la experiencia psicoanalítica, aconseja, según Streeten [1], que se ponga de relieve el aspecto de goce del acto sexual y que se enseñe al adolescente a diferenciar el amor del placer, y a saber que este último, aunque no es malo, puesto que es un impulso natural, no debe ser sentimentalizado con problemas de conciencia. Si no existe amor debe evitarse el matrimonio, sustituyéndolo por relaciones de prueba. Sin embargo, se debe aconsejar la continencia posible mediante la sublimación del instinto o impulso sexual.

## IX

## Problemas de la conducta

Estas directivas fundamentales sobre la educación sexual del niño, del adolescente y del púber, le plantean al joven moderno el problema práctico de su línea de conducta con respecto al problema del sexo en el medio social actual. Los caminos distintos a que puede con-

1 Streeten: «Sex education». (Congreso de Londres para la Reforma sexual, 1929.)

ducir éste son cinco: el matrimonio, la masturbación, la continencia, la prostitución y el amor libre. ¿Cuál se debe escoger?

Es indudable que el único camino ideal es el *matrimonio*, sobre todo si es precoz; pero no siempre puede elegirse. En primer lugar, la superabundancia de mujeres lo hace irrealizable para muchas, aun en el caso ideal de poderlo decidir todos los hombres; y, en segundo lugar, las condiciones sociales y económicas de la época actual dificultan el matrimonio hasta los treinta o treinta y cinco años y aún más tarde; entre tanto, el amor y el impulso sexual actúan sobre los seres humanos con la violencia de su deseo de satisfacción. Esta satisfacción es un impulso de placer que eleva el goce de la vida y le da a ésta un contenido y una finalidad de carácter social, esto es, de unión de dos seres independientemente del deseo de reproducirse. Lo que mueve a los novios al matrimonio no es la finalidad consciente de reproducirse, sino el deseo violento de poseerse. De aquí las contradicciones que el matrimonio actual encierra. Un estudiante español ha escrito en la encuesta de «El Sol» esta acertada frase: «Realmente es un absurdo monstruoso que el matrimonio sea el único aspecto de la vida en que se nos fuerza a ser infalibles.» Y en verdad, parece incomprensible que se pida a los cónyuges que contraigan una relación para toda la vida cuando aún ignoran si esa relación podrá consumarse o tendrá el resultado que se ambiciona. B. Russell dice que esto es tan absurdo como si se prohibiese visitar una casa por dentro al hombre que desea comprarla. En la actualidad se anulan los matrimonios que no se consuman sexualmente, lo que parece indicar que el Estado y la Iglesia conceden a la satisfacción sexual en el matrimonio una importancia primaria; en cambio, no se pueden anular los matrimonios estériles, en los que no se cumple la verdadera finalidad social del matrimonio. Más lógico sería, como dice Russell, que el matrimonio no se considerase consumado hasta que se tuviesen los hijos.



Las tremendas consecuencias del acto matrimonial para toda la vida alejan a muchos hombres y mujeres del mismo por un escrúpulo de error o de falta de acierto que les hace temer siempre en el fracaso y algunos de estos seres tímidos y escrupulosos caen en formas sustitutivas no sancionadas por la ley y viven toda la vida bajo el peso de su supuesta culpa. Por eso, aunque el matrimonio es la solución ideal no siempre es la solución realizable y fácil y en la realidad es muchas veces sustituído por otra de las restantes líneas de conducta.

El matrimonio monogámico tiene más estaestabilidad en las capas más inferiores de la civilización y es, en cambio, más difícil de mantenerse donde la gente está más diferenciada (B. Russell). Los bosquimanos son estrictamente monógamos y lo mismo sucedía con los ya extinguidos tasmanios. En nuestra civi-

lización la monogamia es mucho más estricta entre las gentes sencillas del campo. Las gentes de las ciudades, con múltiples gustos y curiosidades, llenas de ocupaciones e intereses, tienden a desear la más perfecta correspondencia en la vida conyugal, y al no conseguirla como la imaginaron buscan en nuevos amores lo que esperan encontrar. Por eso, entre las sociedades más civilizadas la poligamia oculta es muy frecuente. Con la libertad actual de las mujeres, que éstas deben al cristianismo, las ocasiones se facilitan, el pensamiento engendra el deseo y éste lleva al acto, como no exista una fuerte represión ética o religiosa. De aquí la dificultad actual de los matrimonios felices.

La monogamia, a pesar de las imposiciones de la religión y de las leyes, está en lucha contra la peculiaridad mental del hombre, contra su poder de imaginación y su deseo de innovaciones, de las cuales brotan sus vicios y sus virtudes. Así, pues, para adaptar la institución matrimonial a las nuevas condiciones sociales es preciso modificarla. Cada pensador propone unas modificaciones que en su mayoría coinciden con las de otros. B. Russell, que sólo acepta el matrimonio después de tener sucesión, propone las siguientes condiciones: completa igualdad de ambos cónyuges, abstención de coartar la libertad del otro cónyuge, intimidad física y mental completa, con la máxima semejanza en la apreciación de los valores.



Cumpliendo estas condiciones cree que se podrían mejorar los matrimonios. Y la señora Vera Britain, en el tercer Congreso Internacional para la reforma sexual (Londres, 1929), propuso, en su trabajo sobre «El fracaso de la monogamia», someter a una etapa experimental las siguientes innovaciones: 1.ª Instrucción sexual científica desde una edad temprana en que pueda ser comprendida. 2.ª Instrucción prematrimonial y preferiblemente en la adolescencia sobre la técnica detallada del comercio sexual y del control de los nacimientos. 3.ª Abolición de la censura oficial respecto a la divulgación científica de tales conocimientos. 4.ª Legislación sobre matrimonios experimentales. 5.ª Reforma de las leyes del divorcio, incluso del divorcio por consentimiento; y 6.ª Liberación económica de la mujer, dándole el derecho a satisfacer su ambición personal e independencia económica en iguales condiciones que al hombre.

De este modo piensan estos reformadores se llegaría a elevar el matrimonio monogámico sobre su nivel de felicidad actual, alcanzando en muchos casos lo que Van de Velde ha denominado el *supermatrimonio* o matrimonio perfecto.

Es difícil predecir el resultado de estos ensayos e innovaciones, pues en casi todos ellos se cifran las esperanzas principalmente en perfeccionar lo relativo al conocimiento de la sexualidad y bien sabido es que la felicidad ma-

trimonial depende de otros muchos factores, como la adaptación de los caracteres, las influencias culturales y educativas, la salud física y mental de los cónyuges y la situación económica, etc. Por eso, son muchos los que se oponen a la implantación de tales reformas, temerosos que lleven a un mayor relajamiento de las costumbres y que todavía se reduzca más el número de los matrimonios.

Todo el movimiento moderno de reforma del matrimonio es consecuencia de la nueva actitud de la mujer moderna más diferenciada. El hombre y la mujer diferenciados van al matrimonio, en opinión de Keyserling, por motivos eróticos o de interés personal, mientras que el aldeano se casa por motivos puramente económicos. Cuanto más diferenciada es la mujer más pierde sus facultades instintivas de adaptarse a la realidad y de dominar las dificultades de la vida mediante su altruísmo innato, y con ello resulta más difícil la felicidad matrimonial. De aquí la necesidad de reformar el matrimonio de acuerdo con esta nueva actitud de la mujer, para intentar conservar la relación conyugal en otras condiciones nuevas.

Para Keyserling [1], la forma del matrimonio que se rompe más fácilmente es la basada exclusivamente sobre la atracción personal, mientras, por el contrario, ésta tiene grandes posi-

1 Keyserling: «The correct statement on the marriage problem». (The book of marriage. Cape, Londres, 1927.)



bilidades de subsistir si el amor no se convierte en matrimonio. En cambio, los matrimonios de conveniencia, arreglados por otros, son en general de resultados más satisfactorios. El matrimonio sólo puede concebirse como una compañía durable toda la vida entre hombre y mujer cuando es una ligazón tanto sexual como personal. Pero dentro de los lazos de diversa calidad que unen a los cónyuges necesita conservarse fundamentalmente la independencia o el aislamiento del yo dentro de toda correlación.

La gran verdad del matrimonio para Keyserling, aunque suene algo paradójica, es que el matrimonio no es un estado de felicidad, sino un estado trágico, en el sentido de que lo trágico es un conflicto sin solución concebible, de igual manera que lo es toda la vida consciente, con sus constantes interrupciones de los equilibrios y sus formaciones de nuevos estados de tensión.

Aceptado que la existencia del matrimonio depende de un durable estado de tensión entre los dos distintos polos y que este estado no es fácil conseguir, resulta que el principio fundamental del arte del matrimonio se apoya en el precepto de guardar una apropiada *distancia* entre los cónyuges, lo contrario de lo que los amantes sueñan como un ideal. Cuanto más intimidad, más debe conservarse el sagrado de la propia individualidad, mediante cierta reserva consciente que conserve la tensión. Es-

ta debe ser la ley no escrita del matrimonio.

En un sentido parecido a Keyserling se expresa también Leonie Ungern-Sternberg [1] para la cual el matrimonio futuro seguirá perdiendo su valor como institución, como viene haciéndolo desde el principio de la revolución técnica y económica hace ciento cincuenta años, e irá ganando valor como una relación puramente personal, renovada diariamente, como un problema constante sólo resuelto por aquellos que sepan disciplinarse a sí mismos. Como forma de la vida el matrimonio significa placer y dolor, y sólo puede perfeccionársele restándole su actual rigidez de institución estatal y religiosa.

Entre tanto esto no se consiga, seguirán imperando otras formas de conducta de que vamos a hablar.

La *autosatisfacción masturbadora* u onanismo, considerada por algunos moralistas como un mal menor, es, como dijimos anteriormente en el capítulo de la pubertad, muy perjudicial para el cuerpo y el espíritu del hombre, pues parece facilitar el desarrollo de neurosis, exalta las psicosis latentes y favorece la predisposición al suicidio infantil, a la impotencia en el hombre y a la frigidez en la mujer, por hacer prolongarse anormalmente el período narcisista (o de amor a sí mismo) del desarrollo sexual, apartando así al sujeto de la tendencia evolutiva normal a unirse a otro ser por el amor.

1 L. Ungern-Sternberg: «The marriage of the future». (The book of marriage, de Keyserling. Cape, Londres, 1927, página 263.)



La *abstinencia* (ascetismo) es sólo defendible hasta los veinte años, pero en los diez o quince años que siguen hasta hacerse posible el matrimonio, es perjudicial a la salud corporal y física en la mayoría de los individuos y sobre todo en aquéllos predispuestos a las neurosis. Todas las autoridades sobre esta cuestión (desde Erb, Leyden y Tarnowsky hasta las más modernas, como Freud, Hirschfeld, Bloch y otros) coinciden en afirmar la influencia perniciosa de la abstinencia o ascetismo sobre la salud corporal, y principalmente sobre el espíritu, después de cumplidos los veinticinco años. Esos casos de abstinencia prolongada en personas célebres, como Pascal, o de clérigos católicos fieles a su promesa, que citan como argumento contradictorio los defensores de esta línea de conducta, ocurren frecuentemente aunque no siempre en sujetos que orgánicamente presentan una inferioridad sexual o una deficiencia endocrina de las glándulas de secreción interna (intersexualidad, etc.) relacionada con la función sexual o bien de los centros nerviosos ligados a ella. Esto no quiere negar en absoluto que en otros casos, el deporte, los trabajos mentales, las empresas benéficas y sociales no consigan en individuos fuertes el apartarles del camino de su instinto vigoroso y que en lo posible deba aconsejarse

esta abstención, pero siempre será sin perder de vista los límites de esta posibilidad en cada individuo y su influencia sobre la salud. Cuando una persona presume de haberse conservado abstinente hasta los treinta o cuarenta años, casi siempre se puede comprobar que lo ofrecido como un mérito no fué más que la consecuencia de una disposición orgánica deficiente de un erotismo apagado. La estadística llevada a cabo en el Instituto de Sexología de Berlín sobre esta cuestión comprueba que se trata casi siempre de individuos angustiados, disfóricos, llenos de escrúpulos hipocondríacos y de fobias, o de apáticos sin temperamento y, en general, con el instinto sexual apagado o deficiente (impotencia, frigidez) o con perversiones. Recordemos aquí que son muchos los psicopatólogos modernos que con Freud consideran la angustia como una resultante de la sexualidad reprimida o insuficiente. La regulación de los mecanismos sexuales influye sobre el metabolismo general y sobre la armonía psicofísica por su acción corporal sobre la sangre, la circulación, las funciones endocrinas y por su influencia sobre la psiquis como consecuencia de la descarga normal de la tensión erótica en el orgasmo sexual del acto amoroso.

Hablemos aquí de pasada de otras derivaciones y modificaciones de la abstinencia. Todas las formas del amor incompleto en las que se produce una disgregación entre el cuerpo y el espíritu y que conducen a diversas perversiones de la satisfacción sexual, cuya repetición establece hábitos que luego por su fijación son difíciles de modificar son resultantes de esa tendencia hacia la represión del instinto. Esta en los momentos de mayor violencia indomable lleva como recurso de escape al empleo de estos sustitutivos o surrogados del acto sexual normal en que el cuerpo y el espíritu no actúan como una unidad. Estas disociaciones entre el cuerpo y el espíritu se resumen en algunas formas principales: *A)* El tipo denominado ***narcisismo himeneal*** que se observa en las muchachas semivírgenes, aficionadas al flirteo, las cuales rehuyen al acto sexual completo por terror a la desfloración o la concepción, y a consecuencia de ello mantienen disgregado el amor espiritual hacia el hombre, del amor corporal dirigido hacia sí mismas o convertido en un estado angustioso. Hirschfeld denomina «tipos preliminares» de la sexualidad a esta clase de mujeres, porque en el juego del amor no pasan de las fases preliminares. Su número aumenta de día en día, sobre todo en las grandes ciudades donde la mujer tiene más libertad y actúa en concurrencia económica con el hombre en toda clase de empleos. Según Rusell, el automóvil y la independencia económica de la mujer han contribuído a su extensión. Algunos psicopatólogos modernos como Kronfeld ven en este narcisismo himeneal, en este culto al himen como símbolo de la virginidad corporal, una necesidad de valorarse socialmente apare-

ciendo como heroínas de su virginidad, lo que en definitiva no es más que la compensación de un sentimiento de inferioridad. *B)* El tipo consistente en la incapacidad de amar espiritualmente, observado en las mujeres que se acostumbran desde niñas a venderse y prostituirse y las cuales gozan sólo de la materialidad del acto sexual sin sentir la menor atracción espiritual hacia el hombre, al que sólo miran como sujeto explotable. *C)* Y el tipo caracterizado por una disociación del amor espiritual y el corporal, observado principalmente en el hombre, el cual puede enamorarse románticamente sin sentir el deseo sexual, o viceversa, puede poseer a una mujer sin sentir por ella ningún amor, es decir, las dos formas de psicología erótica disociada que nos presentan como arquetipos literarios D. Quijote y D. Juan. En la mujer observamos la disociación del amor espiritual del corporal en ese tipo de mujeres curiosas que sólo se enamoran de grandes hombres y de intelectuales, en un afán de coleccionismo. Todas estas formas sustitutivas del amor conducen a una depresión del nivel humano, a una situación antinatural ante la vida que causa numerosos estragos en el cuerpo y el espíritu y contra los cuales el educador y el médico higienista deben actuar preventivamente mediante la educación sexual y la nueva moral que de ella se deriva.

La moderna pedagogía sexual debe orientar desde el principio hacia el camino de la verdad



con un sentido puramente humano, combatiendo todas las formas de hipocresía sexual de nuestra época y entre ellas el falso concepto del matrimonio considerado como institución social y económica dedicada sólo a la producción de hijos en serie. En vez de esta trama de falsedades hay que educar a las generaciones venideras hacia una mayor honestidad y responsabilidad en el amor y en el matrimonio.

La cuarta posibilidad de conducta que hemos citado es la *prostitución,* fórmula inmoral de la sociedad, que mancha lo mismo a la prostituída que al que mantiene con sus dádivas y cooperación esta vergüenza. Hay quien la defiende arguyendo que gracias a las prostitutas se satisface el instinto de los hombres y se conservan vírgenes y «puras» las muchachas decentes que luego sirven para el matrimonio. Este argumento pone de relieve la doble moral convencional orientada toda ella para la satisfacción de las conveniencias del hombre y en la que la mujer juega sólo el papel de víctima, ya prostituída o ya como virgen vigilada hasta que el señor disponga de ella para crear su hogar. Es un fuerte vestigio de las civilizaciones orientales y de sus religiones en las que la mujer es sólo considerada como un objeto útil o necesario para el hombre, rey del universo. La prostitución además de ser una monstruosidad social es desde el punto de vista higiénico un peligro permanente, puesto que es el reservorio que mantiene activas las enfermeda-

des sexuales, propagándolas en gran escala. Desde el punto de vista psicológico es la causante de muchos de esos tipos de disociación del amor entre el cuerpo y el espíritu, que llenan después de víctimas las consultas de los psiquiatras y sexólogos.

La última posibilidad de conducta es el *amor libre,* orientado a satisfacer normalmente la violencia del instinto sin que medie matrimonio y evitando o no la reproducción. El amor libre en todas sus consecuencias es sólo defendible mientras no hay hijos. «El amor—dice B. Russell—sólo puede florecer mientras es libre y espontáneo; la idea de que es obligatorio lo mata.» Para él las relaciones sexuales deberían ser libres, siendo consideradas como asuntos privados mientras no haya sucesión; pero, en cambio, ésta implicaría ya el matrimonio. Considera absurdo que dos seres se unan para el matrimonio y la paternidad sin previo conocimiento de sus aptitudes sexuales y opina que la primera experiencia sexual de cada individuo debería realizarse con alguien que ya tuviese experiencia del sexo, pues la inexperiencia de ambos cónyuges ha causado la desgracia de muchos matrimonios. Habiendo hijos considera de gran importancia la estabilidad del matrimonio, pero sin excluir otras relaciones sexuales, es decir, con libertad en la vida privada de cada uno y sin esa actitud policíaca que cada cónyuge adopta respecto al otro en los matrimonios corrientes. Así, pues, para B. Russell el ideal sería: una primera fase de amor libre entre solteros para encontrar una adaptación de los dos seres y convertirla al tener sucesión en matrimonio permanente, con libertad de otras relaciones sexuales en caso de llegar a sentir la necesidad de ellas. Para Russell el valor del matrimonio duradero estriba en la comunidad de la vida y de sentimientos entre los cónyuges y con sus hijos, comunidad que acrece progresivamente los valores y la riqueza de contenido sentimental por encima del que tuvo en los primeros días de amor.



Lo que el juez americano Lindsey ha propuesto en su libro sobre el «matrimonio de prueba» o «matrimonio de camaradería» («companionate-marriage») es una forma intermedia entre el amor libre y el matrimonio. Las tres principales ventajas de esta fórmula de conducta son: 1.ª, la independencia económica de ambas partes; 2.ª, la libertad de decidir la procreación o de evitarla, acordando solamente crear una familia cuando las dos partes están convencidas de que se adaptan mutuamente y de que pueden subvenir a las necesidades de los hijos; y 3.ª, la fácil disolubilidad del vínculo prematrimonial en caso de inadaptación física o moral de ambas partes. Esta fórmula de conducta tiende a hacer del matrimonio definitivo un acto más serio y más lleno de responsabilidad que lo es actualmente; intenta sustituir con ventaja la manera antigua de preparación para el matrimonio, que consistía en

prolongar durante varios años las relaciones amorosas con la pretensión de que se conociesen bien los futuros cónyuges. Pero aquel lento conocimiento mutuo, que desde luego era mucho mejor que las relaciones breves y superficiales de nuestros días, causantes de tantas tragedias familiares o de tantos divorcios, no tenía en cuenta que el matrimonio no sólo consiste en una adaptación de caracteres y de niveles culturales, sino también en un complejo mecanismo de convivencia física y de satisfacción sexual, la cual sólo en el matrimonio de camaradería puede ponerse a prueba. El matrimonio a prueba como forma del amor libre sancionado por la sociedad es preferible a los divorcios frecuentes y escandalosos de Norteamérica y a las tragedias sórdidas o violentas que convivimos en los países donde la religión, la legislación y las costumbres dificultan la rotura del vínculo matrimonial. Y si consideramos el «derecho de los hijos» a que se respete la situación que se les ha creado al venir al mundo sin ellos pedirlo, el matrimonio de camaradería significa un gran paso hacia adelante en el respeto a ese derecho, ya que sólo se decide a engendrarlos cuando aquella fase de prueba ha convencido a ambos cónyuges de que pueden tranquilamente abordar esa segunda etapa del matrimonio, llamada definitiva, en la cual se contrae la grave responsabilidad de la formación de una familia y de respetar el derecho de los hijos.



A pesar de todas estas ventajas prácticas y éticas del «matrimonio a prueba», casi toda América del Norte acogió con violentas protestas y con persecuciones las proposiciones del juez Lindsey cuando éste publicó su famoso libro en 1927. Ello indica el grado de cerrazón mental ante las ideas nuevas que los preconceptos tradicionales producen aún en un pueblo muy civilizado y donde el «matrimonio a prueba» bajo formas diversas equivalentes se practica ilegalmente en gran escala por las generaciones de la post-guerra.

En Europa, el matrimonio a prueba o camaradería, aunque aún no se ha reconocido por las leyes, está ya prácticamente implantado en los países centrales y nórdicos, donde la mujer va al matrimonio después de haber cohabitado cierto tiempo con su prometido. En algunos países, como Noruega, existe la costumbre, aun en las familias más nobles, de celebrar públicamente y con gran júbilo la ceremonia del noviazgo oficial («engagement»), desde cuyo momento los prometidos pueden hacer viajes de novios, de igual modo que en la llamada «luna de miel» de nuestros recién casados. Este compromiso de noviazgo oficial o promesa no es firme, sino que los novios pueden romperlo cuando alguno de ellos lo quiere o siente que la esperada coincidencia de sentimientos e intereses no se realiza. Y así, en realidad, existe un matrimonio de prueba que allí se denomina noviazgo o promesa, el cual ha

sido descrito con gran vividez en la novela «Jerome», de Maurice Bedel, quien con su fino espíritu francés intenta ponerlo en ridículo, comparándolo desventajosamente con la inmoral libertad de amar y engañar a su marido de la mujer francesa, que Bedel considera como una fórmula social más sencilla y llena de atractivos.

Cualquiera que tenga algún sentido previsor y una visión amplia de los cauces futuros del mundo puede ver con claridad que esta última u otra parecida fórmula del matrimonio, más seria y en etapas sucesivas, a pesar de que les parezca una fórmula puramente materialista a los espíritus mezquinos, será pronto implantada lesgislativamente en los países progresivos.

Y es deber de los educadores, que sientan la responsabilidad de su función en relación con el futuro, orientar e instruir a la juventud en estas nuevas tendencias humanas y naturalistas del derecho y la política para que consigan con su actividad y su entusiasmo llevar al convencimiento de los legisladores estas verdades sociales, que como tantas otras hoy implantadas, tuvieron una larga época de incubación y de lucha propagandista.

E. Paul, en su libro «Chronos o el futuro de la familia» [1] ha escrito lo que sigue: «En nuestra especie (humana) no parece haber ninguna

1 E. Paul: «Chronos or the future of the family». Kegan Paul, Londres, 1930, páginas 42-44.



base instintiva para el establecimiento de la monogamia y monoandria permanente, tal como existe en muchos de los animales inferiores y especialmente en algunas aves», y más adelante añade: «No hay observador competente de los progresos sociales que pueda dudar de que el matrimonio monogámico permanente *reforzado legalmente*, será en breve una cosa olvidada, y que las religiones que insistan en tal permanencia aumentarán el esfuerzo de fidelidad de sus creyentes. Por tanto, las sanciones legales y seguidamente las religiones destinadas a mantener la monogamia y monoandria permanente desaparecerán y el matrimonio en su concepción verbal presente, como el fundamento de la vida familiar, cesará de existir.»

En su opinión, la vida familiar, con los progresos sociales y la industrialización, será sustituída por «residencias familiares» (homes) en las que habitarán varias familias y bajo la dirección de personas competentes. Los niños de distintas edades y sexos recibirán la educación social ciudadana y la instrucción en un ambiente semejante al de una familia extensa con todas sus ventajas y casi ninguno de sus inconvenientes. En el moderno movimiento educativo ya existen algunas de estas escuelas. Así, en Inglatera, cita E. Paul dos en las cercanías de Londres: la del matrimonio Russell, en las planicies de Hampshire y la comunidad de Caldecotte, en Goff's Oak.

# X

# La reforma de la moral sexual

La moral sexual tradicional con su rigidez religiosa ha sido causa de innumerables sufrimientos físicos y espirituales. Después de la gran guerra las costumbres de los países más civilizados están en franca oposición con los imperativos de esa moral rígida y en todos ellos la juventud rebelde busca desesperada en el amor sensual más felicidad y alegría. Pero estas costumbres, a veces desenfrenadas, causan otros daños e íntimos remordimientos, por su pugna con la moral imperante y con la sociedad anterior a la guerra, y estos remordimientos engendran neurosis y reacciones anormales del espíritu que son causa de mucho malestar humano.

En la infancia adquirimos nuestras ideas religiosas, que luego las llevamos como enquistadas hasta la tumba con su simplicidad infantil. Las ideas sexuales que corresponden a ese «complejo religioso» ortodoxo, conservan siempre su contenido o nivel infantil, pues son raras las personas que posteriormente someten sus creencias relativas a este particular a una revisión científica [1].

1 Véase sobre este punto el artículo de J. H. Robinson «Religion faces a new world». (Harper's Magazine, septiembre 1928.)



Así se engendran muchos complejos reprimidos que luego intervienen preponderantemente en la producción de neurosis, las que en definitiva son reacciones del individuo frente a la sociedad que le rodea.

Todos los reformadores sexuales aspiran a disminuir la infelicidad humana mejorando las leyes sociales relativas al amor y procurando quitar de éste el sentimiento de pecado para sustituirlo o convertirlo en un sentimiento de deber y de honor para con la sociedad.

Los primeros cristianos ha dicho el cardenal Gibbons concebían «al hombre como un criminal y a Dios como un tirano», orientando la vida cual una expiación, en la que era preciso la renuncia a todos los placeres y especialmente el sexual. En un gran Concilio eclesiástico del siglo XVII se llegó a lanzar el anatema sobre aquellos que no defendiesen la idea que la virginidad era un estado más santo que el matrimonio; lo que en sus últimas consecuencias significaría la anulación de los sexos y de la raza.

Es preciso, pues, reformar la idea central de que en todo lo sexual puede haber pecado, haciendo desaparecer, como dice Pelletier [1], todas las miserias milenarias engendradas por la privación sexual y reveladas por el *psicoanálisis*. El único límite a esta libertad debe ser el bienestar de los demás y el pudor público.

1 Pelletier: «Le sex et la morale». (Sexual Reform Congress, Kegan Paul, Londres, 1929.)

No podemos aceptar que la felicidad humana estribe sólo en la indulgencia sexual plenamente libre, pero tampoco es admisible que la expresión del sexo sea algo pecaminoso e inferior, que sólo es tolerable como medio de propagar la raza. «Es preciso afirmar—dice H. H. Barnes [1]—que hay otras muchas formas de la felicidad humana distintas de la expresión sexual, pero también podemos asegurar que ningún ser humano alcanza la felicidad humana completa sin la debida sublimación y expresión de sus impulsos sexuales.»

Por eso, en todos los reformadores sexuales se advierte una aspiración a la franqueza naturalista en la concepción de la vida sexual, y un gran esfuerzo por libertarla del patronato religioso, al cual combaten casi siempre con deliberada violencia. Según Malleson [2], por ejemplo, para implantar una nueva moral sexual positiva hay que combatir las aspiraciones dogmáticas cristianas respecto al sexo con el mismo ardor con que nuestros antepasados lucharon contra aquellos otros obstáculos religiosos que se oponían al progreso científico, cuando negaban la esfericidad de la tierra y sus movimientos, o se oponían a la teoría de la evolución o concebían las enfermedades psíquicas (histerias) como males demoníacos. De igual

1 H. H. Barnes: «Sex in education» (del libro «Sex in Civilization», G. Allen, Londres).

2 Malleson: «The need for a new positive morality». (Sexual Reform Congress, London, 1929.)



modo—dice—, como ahora parece inconcebible que hace unos trescientos o cuatrocientos años se quemasen vivas a miles de mujeres acusadas de brujerías, y de convertirse en gatos negros y volar sobre escobas, dentro de unos siglos creerán imposible nuestros descendientes que en el siglo xx subsistiese tanta represión y conflicto y tanta menos felicidad de la que se podía haber tenido.

Y otro reformador sexual, el sueco Almkvist [1], afirma que la religión es impotente para dirigir a los pueblos en lo referente a lo sexual, pues la sexualidad es más fuerte que la rígida prohibición religiosa, y hasta los mismos santos se vieron indefensos contra las tentaciones eróticas. Prueba de aquella impotencia de la religión es que en plena Edad Media, cuando la iglesia dominaba a todos los demás poderes, las ciudades tenían sus burdeles, los clérigos sus barranganas y los Cruzados iban a una guerra santa poseídos de un sentimiento religioso, pero seguidos como los demás ejércitos de miles de prostitutas [2].

El impulso sexual en sí no puede ser inmoral, puesto que deriva en gran parte de la cantidad y calidad de una secreción glandular interna. Sólo las acciones humanas derivadas de ese impulso tienen un carácter moral en cuan-

1 J. Almkvist: «Die Moral des Sexuallebens». (Sexualnot und Sexualreform, IV Kongress. Elbemühl, Viena, 1930.)

2 Haberling: «Das Dirnewesen in den Heeren und seine Bekämpfung». (Barth, Leipzig, 1914, página 20.)

to pueden causar daños a otros seres y a la sociedad. La moral sexual consistirá, pues, en la regulación de esas acciones para evitar daños; fuera de ello la función sexual no debe tener nada de inmoral.

La moral para Platón consistía en la armonía y coordinación del individuo con el grupo o la sociedad a fin de conseguir un todo armónico. Para Jesús la moral estribaba sólo en la bondad del poderoso con el débil. En cambio, para Nietzsche la moral era una imposición del fuerte sobre el débil, del vencedor sobre el vencido. Era una forma del derecho de la fuerza. La doble moral sexual tradicional es también, según R. Goldscheid [1], una moral impuesta por los poderosos sobre los débiles, lo que Nietzsche llamó la «moral de los señores» frente a la «moral de los esclavos». Toda moral—dice—tiende a introducir una cierta jerarquía o un cierto orden en lo que antes era anarquía, y este orden lo imponen los poderosos. De aquí surge el *dualismo moral* impuesto a la masa por el poderoso, el cual se reserva para sí una moral más acomodaticia. La moral sexual es una derivación de aquélla, puesto que la mujer en la mayoría de las culturas primitivas estaba esclavizada por el hombre y así ha continuado hasta nuestra época, en que se inicia su independencia y sus esfuerzos por una igualdad

1 Goldscheid: «Zur Geschicte der Sexualmoral». (Sexualnot und Sexualreform, IV Kongress. Viena, 1930.)



moral de los sexos. Estos esfuerzos son un fuerte indicio del progreso mental actual, ya que «el progreso es la realización del reino de los valores por el esfuerzo humano» (Morente) [1].

Para H. Spencer [2] la moral, como todos los actos del hombre, sigue un *proceso evolutivo,* paralelo al progreso de la cultura. Primitivamente la moral aparece fundida con la religión en forma de culto a los ascendientes y antepasados poderosos. Luego se inicia la creencia de que todo, males y bienes, obedece a la voluntad de Dios. Más tarde las luchas de unos pueblos con otros engendran la moral de conveniencia social, originándose las reglas morales de la amistad y sus contrarias de la enemistad, aplicables en la guerra. Así va formándose una moral utilitaria independiente de la religiosa y que se aplica a la propiedad, a la vida y a la salud (robo, asesinato, higiene).

Por otra parte, las costumbres en los distintos pueblos civilizados y semicivilizados influyen sobre la moral, creando sentimientos morales ligados a esos usos y costumbres. Por ejemplo, hay tribus asiáticas, como los chukehis, que no sólo ofrecen al huésped viajero sus esposas, sino también sus hijas vírgenes y se resienten de cualquier desaire (Erman). Las mujeres del Africa ecuatorial llaman tacaño al

1 Morente: «Ensayos sobre el progreso». Madrid, 1932, pág. 56.
2 Spencer: «La morale des differents peuples et la morale personelle». Traducción francesa. París, 1896, Bibl. Philosoph.

marido que teniendo medios económicos no adquiere una segunda esposa (Reade), y lo mismo sucedía con las mujeres araucanas (Smith). Las mujeres de los makakolos (a orillas del Zambese) consideraban la monogamia como una costumbre poco respetable (Livingstone), y lo mismo les sucede a los metalhapies del Africa del Sur y a los abisinios. El incesto es hábito moral entre los habitantes de algunas islas oceánicas. Toda esta variedad de costumbres y conceptos morales relativos al sexo están en abierta pugna con las costumbres y preceptos éticos del europeo moderno.

Y es interesante cómo revelan la elasticidad de la ética humana y la adaptación de ésta a las costumbres.

De la amplitud de esas concesiones de la nueva moral a las costumbres e imposiciones sociales y económicas de cada época depende su acierto o error y su verdadero progreso evolutivo.

En este sentido la independencia moderna de la mujer y su lucha contra la doble moral sexual representa un paso más en ese proceso evolutivo de la moral, señalado por Spencer, y las tendencias a suprimir hipocresías y a elevar el concepto de responsabilidad en todo lo concerniente al sexo son también signos de un paso más en la marcha progresiva de los conceptos morales del hombre, aunque aparentemente parezca algo bien distinto.

Los nuevos reformadores de la moral sexual



vuelven al sentido dado por Platón a la moral, el de procurar una mayor armonía del individuo con el todo social. Admitiendo que la estructura social cambia antes que la moral sexual y ésta lo hace antes que la legislación, pretenden conseguir una rápida adaptación de la moral sexual y de la legislación a los cambios sociales y económicos. La actual tendencia va, pues, encaminada, a la vez que a procurar más felicidad a la humanidad, a exigir más seriedad y responsabilidad al individuo en lo que concierne a la vida sexual, o como lo sintetiza Malleson: los fundamentos morales futuros de toda relación sexual serán «la responsabilidad y el respeto con relación al otro sexo y la descendencia, así como la más completa honorabilidad consigo mismo».

Pero las proposiciones revolucionarias de estos reformadores bien intencionados parecen a veces excesivamente peligrosas, y muchas opiniones, temerosas del caos moral posible, levantan su voz de alarma pretendiendo el retorno a lo antiguo. Así el profesor A. Mayer, director de la clínica ginecológica de la Universidad de Tübingen, en su libro «Reflexiones sobre la moderna moral sexual» [1], después de una crítica severa de las etapas sucesivas seguidas por la moral sexual moderna, a saber: *a)* lucha contra la doble moral; *b)* lucha contra

1 A. Mayer: «Gedanken zur modernen Sexualmoral». Enke. Stuttgart, 1930.

el matrimonio, y *c)* revolucionamiento de la juventud, y de lo que él considera sus fatídicas consecuencias pide como único medio de salvación «la vuelta a la moralidad y a la conciencia», es decir, a una nueva manera de concebir el matrimonio, la familia, la juventud y la mujer, que les reafirme y defienda de los ataques de los reformadores.

En la misma Rusia, donde se han implantado las más avanzadas reformas en lo referente a la vida de los sexos, existe una nueva rigidez moral reforzada por el ejemplo de los jefes y por la legislación, que persigue la poligamia, la prostitución y el donjuanismo. En un reciente artículo del americano Ch. Wiegand [1], titulado «Puritanismo sexual en Rusia», llega a la conclusión que la nueva moralidad comunista tiene una fe puritana y sólo mediante ésta puede alcanzar su energía dinámica y su fuerza para conquistar continentes y organizar naciones sacando a millones de gentes del sueño asiático.

Todos esos peligros de libertinaje que ven los espíritus conservadores son negados por los reformadores, los cuales no aceptan que actualmente haya más inmoralidad sexual de la que hubo en épocas anteriores. H. H. Barnes, por ejemplo, dice que la inmoralidad sexual que se atribuye a las actuales juventudes

1 Ch. Wiegand: «Sex puritanism in Russia». (The Nation, 16 julio 1930, New York.)



es injustificada. Más bien es una inmoralidad verbal y retórica, un tipo de «exhibicionismo juvenil» que depende de la mayor sinceridad actual. Para él la moral de las generaciones jóvenes, con sus bailes lascivos y sus estimulantes alcohólicos, es quizá superior a la moral de sus padres y abuelos, pero sus maneras son inferiores.

La reforma necesaria se orienta hacia la canalización legal de estas formas nuevas de expresión.

Así, pues, los intentos reformadores de los nuevos moralistas respecto al problema sexual van encaminados a un fin social útil, procurando a la vez que el individuo se sienta menos oprimido por la comunidad en la realización de sus deseos, siempre y cuando éstas no perjudiquen a nadie.

En la historia de la humanidad se han señalado tres tendencias distintas respecto a la moral sexual. Estas son en sentir de Lewandowski [1]: el ascetismo o askesis, que niega la sexualidad como valor vital; el amor materialista que concibe la sexualidad como una función fisiológica semejante al comer, beber y dormir, y el amor romántico que considera a la sexualidad como la raíz de todas las grandes actividades artísticas y creadoras. Toda la historia de la humanidad podría ser desmembrada

1 H. Lewandowski: «Die drei Stromungen heutiger Sexualmoral». (IV Kongress für Sexualreform. Viena, 1930, Elbemüht.

según estos tres puntos de vista y podríamos incluir en uno de los tres a cada uno de los grandes espíritus de la humanidad, señalando en el desenvolvimiento de cada grande hombre una lucha u oscilación entre estas distintas direcciones.

El *ascetismo* que es la moral sexual imperante, tanto en la vida pública como en las leyes, mira a la sexualidad como si no existiese. El hombre ascético se siente dividido en dos partes, cuerpo y espíritu, ambas en lucha rabiosa hasta destruirse.

Pero el ascetismo no siempre estuvo asociado a una religión, ni siquiera a la cristiana. La humanidad ascética abarca aborígenes australianos, filósofos griegos, derviches mahometanos, monjes budistas, mendigos, indios, puritanos protestantes y frailes católicos (O. Haardmann). Para Barret [1] el psicoanálisis del ascetismo revela un «complejo de poder», un deseo de perfección y de dominio del yo para adquirir cualidades superiores de predominio sobre los demás. Es una filosofía de precaución y avaricia que niega el valor a la vida e indica deficiencia de capacidad para gozar de ella. Otras opiniones juzgan el ascetismo ya como un instinto oscuro de renunciamiento y timidez, ya como una forma anormal de gratificación erótica semejante al masoquismo o al exhibicionismo, ya como una fobia al demonio o como un deseo de purificación. Su mecánica genética indica siempre un rebajamiento del instinto erótico normal.

1 E. B. Barret: «The psychoanalysis of ascetism». («Sex in Civilization», de Calverton y Schalhausen. Londres, 1929, G. Allen).



La *concepción materialista* se ha difundido por el mundo con el desenvolvimiento de las modernas ciencias naturales y el conocimiento de las leyes de la sexualidad. A los que proponen una reforma de la moral sexual fundada en el conocimiento naturalista se les imputa que niegan los valores morales sin remplazarlos por otros nuevos; pero es preciso responder que en la creación de una nueva moral sexual basada en las leyes naturales quedan suficientes ideales éticos que la separan del materialismo absoluto. Altos ideales éticos de carácter social tendremos en una civilización que permita la libertad sexual y amorosa mientras no perjudique a los intereses de los demás, educando: 1.º, hacia el sentimiento de responsabilidad para sustituir al desprecio al cuerpo; 2.º, hacia la comprensión de la vida sexual del prójimo reemplazando a la crítica de la vida amorosa, y 3.º, hacia la maternidad consciente sustitutiva de la procreación involuntaria y sin sentido.

El *amor romántico* niega, como el ascetismo, la vida puramente material pretendiendo vivir en elevadas regiones de las que fatalmente cae y en sueños, de los que despierta atormentada; pero se despierta esencialmente del ascetismo en que no lucha contra la vida amo-

rosa, sino que la acentúa, queriéndola depurar, llenándola de sentimiento religioso.

En el sentir de Lewandowski la aspiración o finalidad que debemos enseñar a la humanidad futura es la de sentir el amor a la vez como placer y como misterio, y a saber que nadie tiene derecho a tomar lo que no puede dar. La mejor moral sexual estará, pues, en la «equidistancia entre la concepción materialista y la romántica del amor».

Pero mientras existan varias clases sociales con distintos puntos de vista y distinta educación no es posible establecer un modelo de moralidad universal. Cada clase tiene su propia moralidad distinta de la otra clase y cada moralidad particular no puede ser impuesta a toda la nación. Lo que para unos es una supermoralidad resulta una submoralidad para otros y la unificación resulta imposible.

Una de las primeras cosas que precisa la ordenación de una nueva moral sexual es oír las opiniones de personas competentes sobre los problemas sexuales de la humanidad, sus estragos y perjuicios y la mejor forma de evitarlos sin perjudicar al individuo y a la sociedad. En este sentido se exige ahora mayor precisión científica a los que deben opinar sobre estas cuestiones. No podemos seguir aceptando como valiosas las opiniones de hombres geniales célibes o ascéticos, como Pascal, Kant, Wesley, o las de sacerdotes que no tienen experiencia personal sobre la vida sexual, a menos que hayan violado sus votos eclesiásticos (H. H. Barnes) y, en cambio, debemos valorar más las opiniones de un Voltaire, de un Casanova, de un Rousseau y las de los psiquiatras y sociólogos.



El humorismo de Bernhard Shaw [1] ha destacado con frases punzantes ese absurdo de que las opiniones imperantes en todo intento de reforma sexual puedan ser las de personas no conocedoras de la materia, como son los altos dignatarios de la iglesia, y pide que se oigan las de los distintos sectores interesados en la resolución del problema sexual y principalmente la de las gentes que tienen experiencia práctica, es decir, que según él «son expertos en la materia». Tal sucede con los escritores teatrales, por ejemplo, que saben mucho de «sex-appeal», pues de lo contrario fracasarían en sus obras. «Y, sin embargo—añade B. Shaw—, cuando es preciso discutir científicamente el «sex-appeal» (atracción sexual) nadie llama al comediógrafo; y él mismo no acude a la discusión sin ser previamente invitado. Pero, en cambio, el sacerdote acude siempre espontáneamente y pide que se le acepte como autoridad en cuestiones sexuales.» Es constante —continúa—esta tendencia a consultar a las personas que no conocen nada sobre un asunto, por temor a que las opiniones de los expertos sean contrarias a las nuestras. «El Papa es el jefe sacerdotal de Europa; y por ella ha-

1 B. Shaw: «The need for expert opinion in sexual reform (Sexual reform Congress. Londres, 1929).

bla con energía sobre la cuestión del «sex-appeal». Yo, naturalmente, nunca soñaría en consultar sobre este particular al jefe eclesiástico de Europa; pero si hubiese una jefa de prostitutas de Europa la llamaría inmediatamente.» Esta balandronada humorística de B. Shaw pone de relieve, en medio de su rudeza, esa incongruencia tan frecuente en la vida, de que las opiniones que más pesan son las menos competentes.

La instrucción sexual debe divorciarse en adelante de la religión, puesto que es una cuestión científica, social y artística, la cual está tan poco relacionada con lo supernatural como la respiración y la digestión.

Es posible que en el futuro haya religiones socializadas que orienten la educación sexual en el mismo sentido y finalidad que la sexología científica. Pero, entre tanto, la conveniencia o no de cumplir la vida sexual se relacionará con su efecto sobre la salud individual y con su aspecto social, concediendo la misma sanción crítica a la timidez que a la excibición vulgar. Sustituiremos los frenos religiosos primitivos del supernaturalismo con los más racionales de la ciencia, el arte y el sentido social de nuestra vida, confiando en dominar la conducta sexual como se ha conseguido con otras formas de expresión psicofísica, y en vez de decirle a los muchachos que Dios o la religión prohibe el visitar los burdeles, se les informará del peligro de las enfermedades se-



xuales y de sus deberes sociales para con la mujer y con los hijos. Se enseñará además a los muchachos y muchachas a consultar tanto o más al médico que al sacerdote en todas sus dudas referentes a la sexualidad.

## XI

## Conclusiones

La educación sexual deberá iniciarse por los padres en el período interrogativo preescolar de la infancia en forma de «aclaración» sencilla y discreta de las preguntas del niño y sin eludir ni oponerse a su curiosidad.

Más tarde, en la edad escolar de la segunda infancia, corresponde ya más al maestro que debe estar bien preparado en está importante cuestión, conociendo alguno de los tratados sobre educación sexual, de los que hay graduados para las distintas edades.

Aparte de la aclaración biológica escolar, será preciso ampliar individualmente con aclaraciones psicológicas las preguntas especiales de algunos niños con mayor precocidad sexual. Esto corresponde a personas más preparadas (maestros, médicos, etc.). Según algunos psicoanalistas debe incluso tratarse con el niño y el adolescente de todo lo referente a las tendencias incestuosas de ese período evolutivo sexual

En la pubertad se informará a los jóvenes sobre los peligros de las enfermedades sexuales y su evitación, sobre los perjuicios del onanismo excesivo, sobre las tendencias homosexuales y acerca de los sentimientos de inferioridad física y moral.

Ulteriormente, la educación sexual tendrá más un carácter filosófico, dirigido a la formación de una nueva moral sexual, que no sea distinta para ambos sexos y que aumente el sentido de la responsabilidad y de la sinceridad en el amor y el matrimonio.

## INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| Prefacio | 5 |
| I.—Aspectos pedagógico y médico del problema | 7 |
| II.—La educación sexual en la segunda infancia | 18 |
| III.—Los padres y los maestros en la educación sexual | 26 |
| IV.—La aclaración sexual en la adolescencia | 29 |
| V.—Coeducación y coinstrucción | 43 |
| VI.—La educación sexual en la pubertad | 47 |
| VII.—La educación sexual en la enseñanza superior | 53 |
| VIII.—La educación sexual después de la pubertad | 60 |
| IX.—Problemas de la conducta | 75 |
| X.—La reforma de la moral sexual | 94 |
| XI.—Conclusiones | 109 |



## PUBLICACIONES DE LA REVISTA DE PEDAGOGÍA

### CUADERNOS DE TRABAJO

I.-Metodología de las ciencias naturales. *Vicente Valls.*
II.-Metodología de la aritmética y la geometría. *M. Comas.*
III.-Metodología de la geografía. *Pedro Chico.*
IV.-Metodología de las ciencias físicas. *Vicente Valls.*
V.-Metodología de la lectura y la escritura. *Federico Doreste.*
Precio de cada obra: 4 ptas.

### LA EDUCACIÓN ACTIVA

I.-Los centros de interés en la escuela. *C. Guillén de Rezzano.* (2.ª edición, renovada.) 5 ptas.
II.-Un programa escolar en proyectos. *M. E. Wells.* 4 ptas.
III.-Aplicación del método Decroly a la enseñanza. *A. Rubiés.* (2.ª ed.) 5.
IV.-El trabajo individual en la escuela según el Plan Dalton *A. J. Lynch.* 4 ptas.
V.-El sistema de Winnetka en la práctica. *Juan Comas.* 4 ptas.
VI.-El método de la escuela renovada. *Concepción S.-Amor.* 4 ptas.
VII.-El método de proyectos en las escuelas rurales. *F. Sáinz.* 4 ptas.
VIII.-El método de proyectos en las escuelas urbanas. *Margarita Comas.* 5 ptas.
IX.-Guías didácticas (I. Materias literarias.) *L. Santullano y F. Sáinz.* 5.
X.-Guías didácticas (II. Materias científicas y técnicas.) *L. Santullano y F. Sáinz.* 5 ptas.
XI.-La nueva educación física e higiénica. *A. F. Myers y O. C. Bird.* 5.

### LA PEDAGOGIA SOCIAL Y POLITICA

I.-Fundamentos científicos de la política escolar. *E. Spranger.*
II.-La escuela única. *L. Luzuriaga.*
III.-La segunda enseñanza para todos. *R. H. Tawney.*
IV.-La escuela laica. *Ferry, Buisson, Pécaut, Jaurés, Lanson, Lavisse.*
Precio de cada obra: 8 ptas.

### LA PEDAGOGIA CONTEMPORANEA

I.-Dewey. *El niño y el programa escolar.* 1 pta. (2.ª ed.)
II.-Kerschensteiner. *El problema de la educación pública.* 1,50 ptas. (2.ª ed.)
III.-Claparède. *La escuela y la psicología experimental.* 2,50 ptas. (2.ª ed.)
IV.-Wyneken. *Las Comunidades escolares libres.* 1 pta.
V.-Decroly. *La función de globalización y la enseñanza.* (2.ª ed.) 2 ptas.
VI.-Stern. *La selección de los alumnos.* 1 pta.
VII.-Montessori. *Ideas generales sobre mi método.* (2.ª ed.) 1,50 ptas.
VIII.-Krieck. *Bosquejo de la ciencia de la educación.* 2 ptas.
IX.-Lombardo-Radice. *Filosofía de la educación.* 2 ptas.
X.-Ferrière. *La ley biogenética y la escuela activa.* 1,50 ptas.

### LA PEDAGOGIA CLÁSICA

(ANTOLOGÍAS)

I.-Pestalozzi. *L. Luzuriaga.*
II.-Rousseau. *M.ª L.ª Navarro.*
III.-Fichte. *Joaquín Xirau.*
IV.-Condorcet. *A. Ballesteros.*
V.-Herbart. *L. Luzuriaga.*
Precio de cada obra: 2,50 ptas.

### SERIE ESCOLAR

I.-El programa escolar *F. Sáinz.* (8.ª edición) 1,50 ptas.
II.-Distribución del tiempo y del trabajo. *A. Ballesteros.* (8.ª edición.) 1,50 ptas.
III.-Examen y clasificación de los niños *A. R. Mata.* (3.ª ed.) 1,50 ptas.
IV.-Preparación y ejecución del trabajo escolar. *E. García.* (8.ª edición) 1,50 ptas.
V.-El material de enseñanza *Vicente Valls.* (3.ª ed.) 1,50 ptas.
VI.-Decoración escolar. *P. Chico.* (2.ª edición, 1 pta.
VII.-La escuela graduada. *A. Ballesteros.* (2.ª ed.) 1,50 ptas.
VIII.-La escuela unitaria. *F. Sáinz.* (2.ª edición) 1,50 ptas.
IX.-Museos y exposiciones escolares. *José Xandri Pich.* (2.ª ed.) 1,50 ptas.
X.-Bibliotecas escolares *L. Luzuriaga.* 1 pta.

## LA NUEVA EDUCACIÓN

I.-Concepto y desarrollo de la nueva educación. *L. Luzuriaga.* (2.ª ed., renovada) 2,50 ptas.
II.-La libertad y autonomía en la educación. *L. Santullano.* 2 pts.
III.-El Método de proyectos. *F. Sáinz.* (2.ª ed., renovada) 2 50 pts.
IV.-La cooperación en la escuela. *Antonio Ballesteros.* 2 ptas.
V.-El Método Montessori. *L. Serrano.* (2.ª ed., renov.) 2,50 ptas.
VI.-El Plan Dalton. *F. Sáinz.* (2.ª edición, renovada.) 2,50 ptas.
VII.-El Método Decroly *A. Ballesteros.* (2.ª ed., renovada) 2,50 pts.
VIII.-La escuela del trabajo. *J. Mallart.* 2 ptas
IX.-Las escuelas nuevas italianas *Concepción S.-Amor.* 2 ptas.
X.-Las escuelas nuevas norteamericanas. *F. Sáinz.* 2 ptas.
XI.-Las escuelas nuevas alemanas. *Lorenzo Luzuriaga.* 2 ptas.
XII.-El método Cousinet *Concepción S.-Amor.* 2 ptas.
XIII.-El Plan Jena. *P. Petersen.* 2 pts.
XIV.-Las escuelas nuevas inglesas. *Margarita Comas.* 2 ptas.
XV.-Las escuelas nuevas francesas y belgas. *A. Ballesteros.* 2 p.
XVI.-El método Mackinder. *Margarita Comas.* 2 ptas.
XVII.-Las escuelas nuevas escandinavas. *C. S.-Amor.* 2 ptas
XVIII.-La escuela duplicada. (Sistemas Gary y Detroit.) *Luis Santullano.* 2 ptas
XIX.-Colonias de educación. *José Mallart.* 2 ptas.
XX.-Las escuelas nuevas rusas. *Lucy Wilson.* 2 ptas.
XXI.-El Plan Howard. *Marcelo Agudo.* 2,50 ptas.
XXII.-Las Repúblicas Juveniles. *Regina Lago.* 2,50 ptas.
XXIII.-La escuela nueva pública. *Lorenzo Luzuriaga.* 2 50 ptas.
XXIV.-La coeducación de los sexos. *Margarita Comas.* 2,50 ptas.
XXV.-La nueva enseñanza de la higiene. *Maud A. Brown.* 2,50 ptas.
XXVI.-El maestro visitador. *Concepción S.-Amor.* 2,50 ptas.
XXVII.-Los campos escolares. *Michele Crimi.* 2,50 ptas.
XXVIII.-La imprenta en la escuela. *H. Almendros.* 2 50 ptas.
XXIX.-La nueva educación moral. *P. Petersen y J. Piaget.* 2,50 ptas.
XXX.-La educación sexual. *Gonzalo R. Lafora.* 2,50 ptas.

## BIBLIOTECA PEDAGOGICA

I.-Psicología para maestros. *O[tto] Lipmann.* 8 ptas. (2.ª ed.)
II.-Manual de pedagogía. *W. A. L[ay]* 8 ptas. (2.ª ed.)
III.-Filosofía y educación. *Aug[ust] Messer.* 6 ptas.
IV.-La psicología individual y la cuela. *Alfredo Adler.* 6 ptas.
V.-Historia de la pedagogía. *Rich[ard] Wickert.* 10 ptas.
VI.-Biología pedagógica. *W. L. Elk[enberry] y R. A. Waldron.* 8 ptas.
VII.-El psicoanálisis y la educación *Oskar Pfister.* 7 ptas.
VIII.-Didáctica general. *A. y J. Schm[id]der.* 8 ptas.
IX.-Pedagogía fundamental. *J. Coh[n]* 12 ptas.

## PROGRAMAS ESCOLARES

POR FÉLIX MARTÍ ALPERA

I.-Ciencias físicas y naturales (3.ª edición, renovada.)
II.-Lengua española. (3.ª ed.)
III.-Geografía. (3.ª ed.)
IV.-Historia. (3.ª ed.)
V.-Aritmética, geometría y trabajo manual. (3.ª ed.)

**Precio de cada obra: 4 ptas.**

## SERIE METODOLÓGICA

I.-Cómo se enseña el idioma. *F. Martí Alpera.* (4.ª ed.)
II.-Cómo se enseña la aritmética la geometría. *M. Comas.* (5.ª ed[ición])
III.-Cómo se enseña la geografía. *Dantín Cereceda.* (5.ª ed.)
IV.-Cómo se enseña la historia *Teófilo Sanjuán.* (4.ª ed.)
V.-Cómo se enseñan las ciencias físicoquímicas. *M. Bargalló.* (4.ª edición)
VI.-Cómo se enseñan las ciencias naturales. *E. Rioja.* (4.ª ed.)
VII.-Cómo se enseña el dibujo. *Víctor Masriera.* (4.ª ed.)
VIII.-Cómo se enseñan los trabajos manuales. *J. Montiu* (4.ª ed.)
IX.-Cómo se enseña el canto y la música. *Rafael Benedito.* (2.ª edición.)
X.-Cómo se enseña la economía doméstica. *Rosa Sensat.* (2.ª ed.)

**Precio de cada obra: 1,50 ptas.**

REVISTA DE PEDAGOGÍA
AVENIDA PI Y MARGALL, 7 - MADRID

# LA NUEVA EDUCACIÓN

I. **Concepto y desarrollo de la nueva educación.** Por *L. Lusuriaga.* (2.ª ed.) 2,50.
II. **La autonomía y libertad en la educación.** Por *Luis Santullano.* 2 ptas.
III. **El método de proyectos.** Por *Fernando Sáinz.* (2.ª ed., renovada.) 2,50 ptas.
IV. **La cooperación en la escuela.** Por *Antonio Ballesteros.* 2 ptas.
V. **El método Montessori.** Por *Leonor Serrano.* (2.ª ed., renovada.) 2,50 ptas.
VI. **El Plan Dalton.** Por *F. Sáinz.* (2.ª ed., renovada.) 2,50 ptas
VII. **El método Decroly.** Por *Antonio Ballesteros.* (2.ª ed., renovada.) 2,50 ptas.
VIII. **La escuela del trabajo.** *J. Mallart.* 2 pts.
IX. **Las escuelas nuevas italianas.** Por *Concepción S.-Amor.* 2 ptas.
X. **Las escuelas nuevas norteamericanas.** Por *Fernando Sáinz.* 2 ptas.
XI. **Las escuelas nuevas alemanas.** Por *Lorenzo Lusuriaga.* 2 ptas.
XII. **El método Cousinet.** Por *C. S.-Amor.* 2 pts.
XIII **El Plan Jena.** Por *Peter Petersen.* 2 ptas
XIV. **Las escuelas nuevas inglesas.** Por *Margarita Comas.* 2 ptas.
XV. **Las escuelas nuevas francesas y belgas.** Por *Antonio Ballesteros.* 2 ptas.
XVI. **El método Mackinder.** Por *M Comas.* 2 p.
XVII. **Las escuelas nuevas escandinavas.** Por *Concepción S.-Amor.* 2 ptas.
XVIII. **La escuela duplicada.** (Sistemas Gary y Detroit.) Por *Luis Santullano.* 2 ptas.
XIX. **Colonias de educación.** *J Mallart.* 2 ptas.
XX. **Las escuelas nuevas rusas.** Por *Lucy L. Wilson.* 2 ptas.
XXI. **El Plan Howard.** *Marcelo Agudo.* 2,50 ptas.
XXII. **Las Repúblicas Juveniles.** Por *Regina Lago de Comas.* 2,50 ptas.
XXIII. **La nueva escuela pública.** Por *Lorenzo Lusuriga.* 2,50 ptas.
XXIV. **La coeducación de los sexos.** Por *Margarita Comas.* 2,50 ptas.
XXV. **La nueva enseñanza de la higiene.** *Maud A. Brown.* 2.50 ptas.
XXVI. **El maestro visitador.** Por *C. S.-Amor.* 2.50
XXVII. **Los campos escolares.** Por *Michele Crimi.* 2.50 ptas.
XXVIII. **La imprenta en la escuela.** Por *Hermilio Almendros.* 2.50 ptas.
XXIX. **La nueva educación moral.** Por *Peter Petersen y Jean Piaget.* 2,50 ptas.
XXX. **La educación sexual.** Por el Dr. *Gonzalo R. Lafora.* 2.50 ptas.

**Precio: 2,50 ptas.**